



LOS CUENTOS DE MINGABE

25 mujeres unidas
para aliviar el dolor



Prólogo de ÁNGELES CASO
Portada de ELENA ODRIÓZOLA

LOS CUENTOS DE MINGABÉ

25 mujeres unidas
para aliviar el dolor

Edita: ASOCIACIÓN VASCA DE DIVULGACIÓN DE FIBROMIALGIA.
www.fibro.es • e-mail: fmdivulgacion@hotmail.com

Textos: BEATRIZ BERROCAL
CECILIA PEÑACOBRA
MAR SANTOS
MARTA RIVERA DE LA CRUZ
SILVIA PAZOS
TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA

Ilustraciones: ALICIA C. CORTÁZAR
CECILIA VARELA
ELENA ODRIOZOLA
LUCÍA SERRANO
NOEMÍ VILLAMUZA
PATRICIA CASTELAO
SILVIA BAUTISTA
VIOLETA LÓPIZ

Narraciones: ALMUDENA CID
ANNE IGARTIBURU
CONCHITA
CRISTINA VERBENA
MAGDA LABARGA
MANUELA VELLÉS
MARTHA ESCUDERO
PATRICIA URRUTIA

Fotos: Foto Elena Odriozola, de MATILDE PORTALES
Foto Silvia Pazos, de JUAN VÁZQUEZ
Foto Violeta Lópiz, de AXEL VAN EXEL
Foto Almudena Cid, de XAVIER ORTUÑO
Resto de fotos, las autoras.

Grabaciones: Todas las grabaciones en audio se han realizado en AM Estudios, de Madrid / www.amestudios.es,
excepto la grabación de “LA VERDADERA Y ASOMBROSA HISTORIA DE LA BELLA DURMIENTE”,
realizado en los Estudios de PEP LLADÓ, de Barcelona / www.pepllado.com

Diseño: Un amigo...

Música CD: Otra amiga...

Impresión: Gráficas Dosbi, S.L.

Depósito legal: VI-322/10

ISBN: 978-84-614-1423-9

© Autoras y Asociación Vasca de Divulgación de Fibromialgia.

Mingabe: Del euskera, MIN (*dolor*) GABE (*sin*). *SIN DOLOR*

Índice

EL PRÓLOGO		09
EL AGRADECIMIENTO		15
LAS ESCRITORAS		27
LAS ILUSTRADORAS		35
LAS NARRADORAS		43
LOS CUENTOS DE MINGABE • Fibromialgia		
• MANU Y GUS	<i>De 0 a 6 años</i>	53
• LAS COSAS QUE IMPORTAN	<i>De 6 a 8 años</i>	71
• DANIELOTO Y LA CAJA DE MADERA	<i>De 8 a 10 años</i>	87
• LA AURORA BOREAL	<i>De 10 a 12 años</i>	107
• LA DAMA DE LAS GRUTAS	<i>De 12 a 16 años</i>	121
• AQUELLA CASA BLANCA N° 42	<i>De 16 a 101 años</i>	141
EL CÓMIC DE MINGABE • Síndrome de Fatiga Crónica		
• LA VERDADERA Y ASOMBROSA	<i>De 0 a 101 años</i>	165
HISTORIA DE LA BELLA DURMIENTE		

El prólogo

por ÁNGELES CASO



El prólogo

Todos sabemos lo duro que es salir adelante cuando la salud no es buena. Levantarse cada día sufriendo dolores, fatiga profunda y rigidez -algunos de los síntomas de la fibromialgia- hace que la vida resulte sin duda muy difícil. ¿Cómo enfrentarse al trabajo, a las tareas de la casa, al cuidado de los hijos, a los recados, a la vida de pareja o a las múltiples e imprescindibles relaciones sociales cuando todo tu cuerpo pesa de esa forma terrible? ¿Cómo aceptar que correr para coger el autobús, hacer el amor con tu pareja o barrer una casa signifique una agonía? No, no debe de ser sencillo.

Mucho más aún en el caso de esta enfermedad que numerosos médicos todavía no saben o no quieren diagnosticar. Hay primero un rosario de años soportando malestares diversos y continuos, y luego otro rosario de visitas a médicos y pruebas

de todo tipo. Hasta que alguien pronuncia la palabra, fibromialgia, y apenas puede aportar soluciones. O, aún peor, hasta que esa persona cuya obligación es explicarnos y animarnos y ayudarnos, se niega a pronunciar la palabra y mira al enfermo o la enferma atravesado, y alude a trastornos de la cabeza, o a manías, o incluso a pura vagancia y caradura...

Los últimos datos señalan que un 4,5% de las mujeres españolas y un 0,2% de los hombres padecen fibromialgia, aunque debe de haber miles de enfermos sin diagnosticar por falta de una prueba concreta que dé un resultado exacto. Miles de personas -en su mayor parte mujeres jóvenes- sometidas a esa tortura sin nombre.

Las autoras de estos cuentos se lo han puesto. Beatriz Berrocal, Cecilia Peñacoba, Mar Santos, Marta Rivera de la Cruz, Silvia Pazos y Toti Martínez de Lezea, llaman a las cosas por su nombre. Al dolor, dolor. Y al cansancio, cansancio. Y apelan a lo que sin duda es lo más importante: al ánimo y la valentía de los enfermos, y a la comprensión y el apoyo de quienes los rodean, y especialmente de los niños. Las mejores medicinas sin duda alguna para un mal en el que los remedios químicos todavía sirven por desdicha para poco.

ÁNGELES CASO

El agradecimiento

por ANDONI PENACHO

Presidente de la Asociación Divulgación Fibromialgia



El agradecimiento

Seguramente cuando abras este libro te preguntarás cuál es el nexo de unión entre todas las grandes mujeres que, prácticamente sin conocerse entre sí (y sin yo conocerlas de nada) se han implicado -de una u otra forma- y desvivido para hacer realidad este libro de cuentos.

La respuesta es muy sencilla: el vínculo ha sido el teléfono y, por ende, su primo-hermano “internet”. ¡Así de simple, así de sencillo! Es por esto que mi primer agradecimiento ha de ser para ALEXANDER GRAHAM BELL, por haber creado tan magno invento. Este “proyecto loco”, que hoy tienes entre manos, comenzó con una simple llamada de teléfono.

Déjame decirte que era una típica tarde de otoño cuando, en una de esas largas conversaciones telefónicas sobre cuestiones de fibromialgia con mi amiga

CECILIA PEÑACOBBA, ella me comentó que su compañera de profesión -la también psicóloga MAR SANTOS-, echaba en falta un cuento para niños que hablara sobre esta enfermedad. ¡Y ahí empezó la guerra!

Si bien es cierto que hay publicados muchos libros de cuentos sobre distintas dolencias, hasta ahora no teníamos constancia de que hubiera editados cuentos que trataran sobre esta enfermedad que padecemos el 3% de la población. Seguramente, esto se explica por la afortunada circunstancia de que apenas hay menores afectados de fibromialgia puesto que, habitualmente, su “debut” se produce a mediana edad.

La idea que surgió de aquella llamada era muy simple: había que inventar un relato infantil que pudiera servir de apoyo a madres y padres para ayudarles a transmitir a sus hijos e hijas en qué consiste esta enfermedad tan compleja de entender y explicar, en ocasiones incluso para las personas adultas.

Según iba avanzando aquella conversación, mi cabeza se fue evadiendo a la estratosfera sideral y mientras Cecilia hablaba, yo ya estaba visualizando el libro “colgado” gratuitamente de Internet y expuesto en las estanterías de librerías y bibliotecas.

Poco antes de aquella llamada, había tenido el placer de asistir con ALMUDENA CID a un acto en Madrid. Almudena había participado en un proyecto solidario y deseaba destinar el dinero de sus honorarios a nuestra Asociación de Divulgación de Fibromialgia. Y entonces pensé: qué mejor ocasión para destinar ese dinero al proyecto que nos ocupa. ¡Dicho y hecho! Se lo comenté por teléfono y ella aceptó encantada. Es más, incluso prestó su voz para presentar cada uno de los cuentos y, en el momento de la grabación, hasta deleitó a los presentes con su flexibilidad y simpatía. De todo corazón, gracias Almudena.

Busqué en mi agenda, en la “m” de marrones y, una vez más, dí con el teléfono de CARLICOS. El susodicho parece no aprender de sus errores e ingenuamente volvió a decir aquello de... “que contara con su humilde colaboración para estas causas”.

Es entonces cuando empecé a dibujar mentalmente el boceto de lo que podría ser este “proyecto loco” y a descubrir el fascinante mundo de la literatura infantil y juvenil, totalmente desconocida para mí hasta ese momento.

La amistad y los sabios consejos de MARTA MARTÍNEZ (desde la experiencia acumulada en la sección de literatura infantil de una conocida librería de mi ciudad) me abrieron muchas puertas, entre ellas las de poder disfrutar de la obra gráfica de las increíbles ilustradoras que han puesto magia y color a este sueño.

Yo, profundo admirador de la escritora MARTA RIVERA DE LA CRUZ, me dirigí a ella y le planteé una sencilla pregunta: “Marta, ¿nos regalarías un cuento?”

He de confesar que su instantánea respuesta, un rotundo “sí”, me llenó de ilusión. Y ese “sí” supuso el pistoletazo de salida.

Gracias a Marta, también pudimos acceder a ÁNGELES CASO, nuestra flamante y empática prologuista, quien sin pensarlo dos veces, accedió a dedicarnos con cariño, las primeras líneas de este libro. Me siento agradecido, y mucho, a las dos.

Ya por entonces mis más allegados comenzaron a entrever lo que rondaba en mis neuronas y comenzaron a hacerme interesantes reflexiones del tipo: ¿un cuento? ¿y a qué edades lo quieres dirigir? Y tenían razón porque no se parece en nada el modo en que hay que dirigirse a una personita de seis años a la forma de hablar con otra de once. ¿Solución? En vez de un cuento hagamos seis cuentos y así podremos cubrir todas las edades.

Seis cuentos y sólo habíamos “engañado” a una única escritora...

En ese preciso momento fue cuando pensamos que, sí la fibromialgia es una enfermedad que afecta a las mujeres en un 90% de los casos, sería perfecto que el libro de cuentos fuera escrito e ilustrado por “ellas”. Así que, habría que buscar a más escritoras y, al menos, a otras seis ilustradoras... ¡Y nos pusimos manos a la obra!

TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA -sin dilación alguna- fue la segunda en embarcarse en este proyecto, a pesar de tener una agenda similar a la de una gran ministra. La sorpresa volvió a ser mayúscula cuando envió (la primera) su maravilloso cuento titulado 'La aurora boreal'. Eskerrik asko, Toti.

Otro día leyendo cuentos en la librería donde trabaja mi amiga Marta, me encontré por casualidad con un libro de BEATRIZ BERROCAL que me hizo pensar que nuestro proyecto estaría cojo sin su presencia. Gracias Beatriz por vivir este proyecto con una intensidad tan especial como motivadora.

Otro gran invento, el facebook, me facilitó el contacto con la gallega SILVIA PAZOS quien, en tan sólo 24 horas (además de confirmar su participación) ya había discurrido por donde podría ir el guión del cuento titulado 'La dama de las grutas'. ¡Increíble! Es la primera vez que publica en castellano y no es justo lo que nos hemos perdido los que somos de fuera de esa maravillosa terra.

Merecería un capítulo aparte explicar cómo pude acceder a hablar telefónicamente con ELENA ODRIOZOLA, ¡pero lo conseguí!, y su respuesta afirmativa llegó antes de finalizar nuestra constructiva charla. La preciosa e impagable portada es su mejor regalo. ¡Una verdadera joya!

En este anecdotario debería constar también cómo conseguí el teléfono de NOEMÍ VILLAMUZA, quien no sólo ha ilustrado el cuento de adultos, sino que ha coordinado a sus compañeras de profesión. Eso, y descubrir que los mejores mantecados del mundo se fabrican en la misma ciudad donde yo resido. ¡Mantecados de Vitoria-Gasteiz! ¡Ahí es nada!

Noemí ha sido todo un descubrimiento para mi. Me recibió en su casa-estudio de Barcelona, compartí con ella ricos cafés, charlas y plácidos paseos pre-natales y hasta me ayudó a fichar para la causa (y en tiempo record) a nuestra admirada VIOLETA LÓPIZ, afincada en Berlín. Por cierto, Violeta, ¡tu gato sale estupendo en la foto!

SILVIA BAUTISTA me dio el gran susto cuando no respondía a mi “oferta trampa”. Todo tenía su explicación y es que algún problema informático debió haber en el ciberespacio sideral que hizo que el “asalto” llegara más tarde de lo deseado, aunque, una vez más, con final feliz para el “atracador”. Felicidades por tu trabajo.

El mimo personificado se llama ALICIA C. CORTÁZAR ya que atiende en lo humano tan bien como ilustra. Toda seda.

El blog kukadellumm de LUCÍA SERRANO fue el medio que utilicé para acercarme a esta encantadora madrileña afincada en Barcelona. Un placentero descubrimiento “els quatre gats”.

El hecho de que la argentina CECILIA VARELA nos acompañe en este proyecto tiene un valor triple. En este caso se juntaron varias circunstancias desfavorables que, no obstante, no impidieron que llegara a tiempo para deleitarnos con sus valiosas aportaciones. Una vez más, gracias por tu amistad, ¡sos increíble!

El “proyecto loco” ya empezaba a tener buena pinta, pero algo quedaba flojo...

La fibromialgia estaba reflejada, pero... ¿y el Síndrome de Fatiga Crónica? Pensé que debería estar presente pero, de alguna manera, habría que diferenciarlo. ¡En otro formato!, me dije.

Como quiera que el tiempo apretaba, otra llamada de teléfono me sirvió para atracar de nuevo a SILVIA PAZOS, quien aceptó encantada el reto de realizar un guión. Le planteé (con mucho descaro por mi parte) a la ilustradora gallega PATRICIA CASTELAO, hacer algo nuevo en su carrera: su primer cómic (a partir del guión elaborado por Silvia). Aquella charla, donde los tres terminamos contemplando el mar sobre la playa de Riazor, la recordaremos siempre como, sencillamente, mágica. Un cómic, 100% gallego. ¡Galicia calidad!

Seis escritoras y ocho ilustradoras estaban ya trabajando con una ilusión y una entrega digna de emocionar a cualquiera. Todo iba bien, así que ¿para qué liarnos más la manta a la cabeza? Pero nada, nos la volvimos a liar, ¡y bien liada! Si teníamos los cuentos escritos, con ilustraciones fantásticas, ¿por qué no ponerles voz?

Tomar aquella decisión me ha permitido descubrir que existen auténticas profesionales que, a través de su voz y con exquisita meticulosidad, aportan un nuevo universo de emociones y de ricos e impresionantes matices sonoros...

Otra llamada de teléfono me puso al habla con MARTHA ESCUDERO, quien dijo “sí” nada más hablarle del proyecto (su sensibilidad es tan grande como su corazón). Martha, grabó su cuento en los Estudios de PEP LLADÓ de Barcelona, (www.pepllado.com) donde todo fueron facilidades y atenciones, y cuidaron tanto de la calidad técnica de la grabación como de la narradora. Moltes gràcies Pep.

La siguiente fue CRISTINA VERBENA, que además de darme su aceptación me asesoró a la hora de dirigirme (precipitadamente, fuera de tiempo y forma) a MAGDA LABARGA, valiente ella a la hora de arrojarme su salvavidas.

A la cantante CONCHITA la conocía de la radio y cuando pensé en voces para dar vida a los cuentos, me pareció sencillamente perfecta para narrar un cuento infantil. Me daréis la razón cuando la escuchéis... Todavía recuerdo el día en que quedé con ella en el estudio de grabación AM ESTUDIOS (www.amestudios.es), de Madrid, donde nos brindaron su espacio, su tiempo y su saber hacer... Muchas gracias a los hermanos MARTÍNEZ, JAIME y VICTOR por vuestra ayuda y colaboración.

Aquel día quedamos también en el estudio de grabación con ANNE IGARTIBURU, -con quien comparto dos buenos amigos en común-, y quien, desde que la conozco, nunca ha dejado de sorprenderme por su forma de ser, su energía y su generosidad sin límites. Eskerrik asko Anne bihotz-bihotzez.

Para Anne, Conchita y un servidor ese día quedará grabado en nuestras memorias como el “Día del queso de oveja Latxa”... ¿Os acordáis?

Ver trabajar a las actrices MANUELA VELLÉS y PATRICIA URRUTIA es algo tan especial que me costará asimilarlo. Cuando ves cómo trabajan te sientes pequeño, muy pequeño... pero inmensamente feliz. ¡Os lo recomiendo!

Nuestro principal objetivo era y es no vender ejemplares sino difundir estas joyas -gratuitamente- a través de la red, y para ello aparecieron CARLOS y AINHOA y su www.webmagic.es. Y es que la vida a veces te depara sorpresas más que positivas...

Cuando este libro vea ya la luz le pasaremos la “pelota” al siempre dispuesto ÁNGEL DÍAZ (Angelillo para los amigos), quien ya está revolviendo Roma con Santiago para hacer, de la presentación oficial de este libro en la Capital del Reino, una bomba de relojería. Una vez más, mi gratitud por tu trabajo bien hecho y por la ilusión que le pones a todo.

Otro apoyo importante vendrá de la mano de ANA LUZURIAGA quien se brindó a echarnos otro “capote” con el mundo de la prensa para difundir, lo máximo posible, el trabajo realizado. Gracias por tu esfuerzo y tus buenos contactos, Ana.

El 24 de junio de 2010 es la fecha reservada para la presentación oficial de este mimado libro de cuentos en Madrid, y he de confesar que mientras escribo estas líneas (10 días antes), ya no me quedan uñas que morder... Todas las personas que han participado, de una forma u otra, en la creación de esta joya me están trasmitiendo un especial nerviosismo -cargado de ilusión y buenas vibraciones-, absolutamente inusitado para mí. ¡Y eso hace sentirme feliz! Espero que el resultado alivie a quien lo necesite y les recargue también de ilusión y buenas vibraciones.

La semana de San Juan, la presentación... ¡Vaya semanita! Y para hacer de maestra de ceremonias, quién mejor que una guapa vitoriana residente en Madrid; una gran actriz (y ahora, además, gran madraza), que irradia ternura y felicidad por los cuatro costados; una gran amiga siempre dispuesta a echarnos un cable: LAURA DE LA CALLE. Gracias Laura, por estar siempre atenta a mis llamadas, y siempre con tu mejor sonrisa.

Y en todo este recorrido, no puedo olvidar a mi querida PILAR FERNÁNDEZ DE GOROSTIZA, -la Pili, como cariñosamente la llamamos-, y a sus hijas, las

hermanas Saratxo: KRIS, PATRICIA y a la mediana de la saga, mi admirada CELESTE, ¡siempre celeste!

Y hablando de grandes pilares, quiero desde aquí dar las gracias a MARIVI, mi mejor apoyo en esta vida, por dejar que le robe el tiempo que ella merece para hacer posibles estas fantásticas locuras. Y cómo no, a mi hermano Gorka por lo mucho que me quieres y respetas.

Han pasado casi nueve meses de aquella primera llamada y la verdad que ya he perdido la cuenta de las veces que hemos podido hablar por teléfono y nos hemos escrito por e-mail, para comentar el desarrollo y evolución de este “loco proyecto” entre todas las personas que he citado en este texto... ¡Que sepan los de Movistar y Euskaltel que están en deuda eterna con esta causa!

Hoy mi agenda y mi corazón -emocionado y agradecido- atesora los números de teléfono de las 25 grandes mujeres (y también de los grandes hombres implicados), que un día atendieron una simple llamada de teléfono para un “proyecto loco” que nació con el único objetivo de aliviar un dolor... A todas y todos, mi agradecimiento sincero y mi mayor admiración por vuestra GENEROSIDAD y AMISTAD con mayúsculas.

Y a ti, Graham, una vez más, ¡enhorabuena por tu invento!

ANDONI

Las escritoras

BEATRIZ BERROCAL

CECILIA PEÑACOBÁ

MAR SANTOS

MARTA RIVERA DE LA CRUZ

SILVIA PAZOS

TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA



Las escritoras



BEATRIZ BERROCAL

Nació en Benavente (Zamora) en 1962 pero, como su padre era ferroviario, vivió en diferentes sitios que fueron determinando su infancia y adolescencia, así como sus amistades. Venta de Baños, Santander o Zamora, dejaron una huella especial en ella.

Ahora vive en León, donde trabaja como enfermera, pero su gran pasión es la escritura, con varios libros publicados y una gran experiencia en cuentos infantiles y relatos cortos. Posee varios premios, entre ellos, el Premio “yoescribo.com” - 2005, al mejor relato infantil.

Se siente feliz, se ríe todos los días (alguno, además llora) y está orgullosa de vivir con 5 hombres en casa (su marido y 4 hijos).

www.beatrizberrocal.com



CECILIA PEÑACOBA

Nació en Madrid en 1968.

Profesora de psicología en la Universidad Rey Juan Carlos.

Compagina la docencia, con la actividad clínica y la investigación sobre la salud y el bienestar de las personas.

Este cuento es su ópera prima en literatura no científica. Y no será el último...

En él ha puesto, además de sus conocimientos, su máxima ilusión.

Le fascina la luz de Valencia, jugar con sus hijos, observar a las personas, pasear a la orilla del mar y contemplar las estrellas.

El proyecto Mingabe le ha permitido descubrir, entre otras cosas, el apasionante mundo sonoro de las profesionales de la narrativa. Lo ha vivido y lo ha disfrutado al máximo.



MAR SANTOS

Nació en La Selva del Camp (Tarragona) de 1984, pero ahora es madrileña de adopción.

Admira la curiosidad, la capacidad de superación y una buena conversación...

Quizás, por eso se hizo psicóloga, aunque de pequeña soñaba con ser “ascensorista”, para poder así subir y bajar a la gente.

Un día descubrió que no hay nada que haga estar a la vez -tan lejos y tan cerca de la realidad- como los cuentos. Desde entonces escribe ocasionalmente para recordarlo.

Añora las comidas de su madre M^a Ángeles (que cocina como los mismísimos ángeles) y las avellanas de su pueblo. Como buena catalana, le fascina el “pa amb tomàquet”. Eso, y hacerse un escapadita a la playa y ver su luz.



MARTA RIVERA DE LA CRUZ

Nació en Lugo en 1970.

En 1988 se trasladó a Madrid para cursar estudios de Periodismo en la Universidad Complutense, un postgrado en Comunicación Política y el Doctorado en Filología.

A lo largo de su carrera como escritora ha publicado numerosos libros y artículos, por los cuales ha recibido importantes premios y reconocimientos, entre ellos el ser finalista del Premio Planeta 2006 con la novela "En tiempo de prodigios". Colaboradora habitual en "El País Semanal" y en el programa de radio "Al sur de la semana", de la Cadena COPE.

Su lugar perfecto para evadirse, cualquier rincón de los Estados Unidos.

www.martariveradelacruz.com



SILVIA PAZOS

Nació en Monforte de Lemos (Lugo), en 1978.

Es licenciada en Historia del Arte por la Universidad de Santiago de Compostela, ciudad en la que reside en la actualidad.

Su afición por la escritura y las artes visuales la llevó a publicar dos cuentos infantiles: "O Conto dos Silencios" por Baía Edición; y "A Carreira de Sacos" por la Editorial Xerais; y a colaborar con Jorge Morais en la elaboración del guión de su corto "O Pintor de Ceos".

De igual forma, su afición a la ilustración infantil le ha llevado a trabajar, como ayudante de post producción, en varios proyectos de dibujos animados.

Disfruta de su gata Pizarrillas, de bañarse en el agua de los ríos, del chocolate, de los videojuegos y del humor absurdo.



TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA

Nació en Vitoria-Gasteiz en 1949, pero vive en Larrabetzu, un pequeño pueblo de Bizkaia, en compañía de su familia, rodeada de libros y objetos de artesanía de diversas procedencias.

Mujer polifacética y emprendedora donde las haya, fundó dos grupos de teatro, se dedicó a la producción audiovisual y es traductora titulada de inglés y francés, pero su verdadero reconocimiento llega por ser la autora de numerosas y reconocida novelas de carácter histórico, así como de libros infantiles y relatos breves.

Premiada con numerosos galardones, entre otros, el Premio Euskadi de Plata y el Premio Pluma de Plata.

www.martinezdelezea.com

Las ilustradoras

ALICIA C. CORTÁZAR

CECILIA VARELA

ELENA ODRIUZOLA

LUCÍA SERRANO

NOEMÍ VILLAMUZA

PATRICIA CASTELAO

SILVIA BAUTISTA

VIOLETA LÓPIZ



Las ilustradoras



ALICIA C. CORTÁZAR

La cosecha de Rioja de 1947 fue calificada como “Muy Buena”, y de esa misma añada nació ésta riojana que reside actualmente en la bella ciudad de Aachen (Alemania).

Licenciada en Bellas Artes por la Escuela de San Fernando de Madrid, es una reconocida ilustradora de libros -de autores actuales y clásicos- publicados en España, Taiwan, Alemania, Brasil, Corea del Sur, Estados Unidos y Japón. Vital e inquieta, le apasionan los cuentos mágicos, imaginativos y fantásticos. Le gusta el buen cine, leer cuentos y libros, jugar al tenis, coger moras al principio del otoño, para luego hacer mermelada, y en invierno, oír cómo cruje la nieve al pisarla.

www.aliciaillustrator.com



CECILIA VARELA

Nació en Buenos Aires, Argentina.

Sus ilustraciones están plagadas de magia, imaginación, profundidad y sugerencias.

Ha publicado en México, Argentina, España...

Le fascina pintar y dibujar, leer, escribir, mirar películas, viajar, observar a la gente, mirar por la ventanilla del coche, caminar y pasear en otoño, pisar y coleccionar hojas de árboles, los museos, los libros de ilustración, los cuentos, las cartas, las flores, los elefantes, los pájaros, los perros paticitos y gordos, su perra, los árboles, charlar, el helado de chocolate, los días de sol, el frío, los abrigos, las bufandas, los zapatos... Y los píxeles (vivos o muertos).

nubesrojas.blogspot.com



ELENA ODRIOZOLA

Nació en Donostia-San Sebastián -la Bella Easo- en 1967.

Realizó estudios de arte y se dedicó a la publicidad antes de centrarse -en exclusiva- a la ilustración.

Trabaja para importantes editoriales españolas y extranjeras, y sus trabajos destacan por su color y su ternura, de trazo delicado e intimista, donde la sutileza y la finura sobresalen como rasgos dominantes en una original propuesta plástica.

Le gustan los jardines botánicos y pasear -bien de mañana- por los paisajes de un espacio singular, -un bosque maduro y de gran naturalidad-, como es el Parque Natural del Señorío de Bértiz, donde -con suerte- puede contemplar a los ciervos al amanecer.



LUCÍA SERRANO

Nació en Madrid en 1983, y ya desde pequeña tenía claro que quería ser “cuentista”. En aquella época le gustaba leer, tanto, que le tenían que regañar para que dejase de hacerlo.

Estudió Bellas Artes, y una vez finalizados sus estudios descubrió Barcelona como lugar idóneo para inventar mil y un historias y llenarlas de dibujos. Ha ganado el XIII Concurso de Álbum Ilustrado “A la orilla del viento” convocado por Fondo de Cultura Económica (México); y el I Certamen Internacional de Álbum Infantil Ilustrado “Princesa de Éboli”, por “El día que olvidé cerrar el grifo”, publicado por Anaya en 2009.

En sus ratos de ocio le apasiona tocar la batería y el teatro.

kukadellumm.blogspot.com



NOEMÍ VILLAMUZA

Nació en Palencia en 1971. Era diciembre, hacía mucho frío afuera y no le debía apetecer nada nacer, ya que tuvieron que convencerla con canciones y con la promesa de un gorrito de lana.

Estudió Bellas Artes y se dedica profesionalmente a la ilustración desde 1995. Ha obteniendo diferentes reconocimientos, entre los que destacan: el premio a las Mejores Ilustraciones de Libros Infantiles y Juveniles 2002, por “De verdad que no podía”; Premio Junceda de Ilustración 2007, en la categoría Libro de Adulto, por “El Festín de Babette”.

Le encanta caminar, desayunar fuera de casa y su color fetiche: el rojo pasión, que devuelve la alegría por vivir y acentúa sus magníficos dibujos y el texto.

www.noemivillamuza.com



PATRICIA CASTELAO

Nació en A Estrada (Pontevedra), en 1974.

Empezó a estudiar medicina pero lo abandonó para dedicarse -de lleno- a la ilustración, su gran pasión.

Sus obras ilustran cuentos, libros de texto y hasta carteles, aunque también ha puesto su granito de arena en varias películas de animación.

Para ella, ilustrar es una forma más de contar historias; crear un mundo que haga que el lector se deslice por la historia y la disfrute plenamente.

A Patricia le gustan los fines de semana, levantarse con calma, un buen desayuno con mermelada de zanahoria, jugar con su hija Claudia, y pensar en algún escapada a Roma, su destino favorito.

www.pcastelao.com



SILVIA BAUTISTA

Nació en Zaragoza en 1975.

Ya desde pequeña coloreaba y pintaba sin parar. Le gustan los colores ;Amarillo de pequeña, verde de mayor!

Es Técnico Superior en Ilustración por la Escuela de Artes de Zaragoza.

Su trabajo abarca varios campos de las artes plásticas: diseño gráfico, grabado, pintura, escenografía, pero su fuerte es la ilustración, en especial los cuentos infantiles y juveniles.

Ha publicado en España y Japón.

Le gustan las flores, la luz y las mariposas, y en su tiempo libre se dedica a disfrutar de la vida con su mejor tesoro, su hija con J.

www.silviabautista.com



VIOLETA LÓPIZ

Nació en Ibiza 1980, pero desde 2006, reside en Berlín, donde llegó con unos zapatos de claqué, un jersey de alpaca y un montón de ilusión.

Lleva ilustrando desde el 2005 y ha publicado con notable éxito en España, Italia y Portugal.

Violeta llena sus ilustraciones de todo aquello que experimenta, por eso no es raro encontrar restos de música y viajes en su trabajo.

Le encanta dibujar monos, jugar con su gato Morris, practicar aikido y hacer “frühstück” con sus amigos en el balcón de su casa berlinesa.

Se siente inmensamente feliz cuando mamá Florencia viaja para pasar unos días con ella y la llena de regalos, por dentro y por fuera.

violetalopiz.blogspot.com

Las narradoras

ALMUDENA CID

ANNE IGARTIBURU

CONCHITA

CRISTINA VERBENA

MAGDA LABARGA

MANUELA VELLÉS

MARTHA ESCUDERO

PATRICIA URRUTIA



Las narradoras



ALMUDENA CID

Nace en Vitoria-Gasteiz en 1980.

Es la única gimnasta en el mundo que ha disputado cuatro finales olímpicas: Atlanta 96, Sydney 2000, Atenas 2004 y Pekín 2008.

Entre otros reconocimientos, cabe destacar la Medalla de Bronce de la Real Orden al Mérito Deportivo.

Además de ser de “goma”, le gusta la paella, la comida italiana y el chocolate blanco; libros como “El Perfume”; películas como “La vida es bella”; hacer senderismo, el spa y los masajes; y le fascina que su chico le regale chimeneas y ramos de rosas rojas... Eso, y escuchar juntos la canción de “Make a memory” de Bon Jovi.

www.almudenacid.com



ANNE IGARTIBURU

Nació en Elorrio, un precioso pueblo de Bizkaia, en 1969, pero vivió su juventud enlazada a una maleta, lo que le ha permitido recorrer casi todos los continentes del mundo y hablar cinco idiomas.

Graduada en Gestión Empresarial, hoy en día es una mujer multifunción: amatu, actriz de cine y teatro, empresaria y una reconocida -y muy querida- presentadora de televisión.

Es coqueta y todo corazón, pero a la vez, super cañera: le gustan las motos, los tattoos y estar enganchada a su ipod escuchando música de todo tipo. ¿Una afición? Correr cada vez más larga distancia. ¿Dos pasiones? Las morcillas de verdura y los huevos de corral de su pueblo. ¿Tres sueños? Subir el Machu Pichu, cruzar el Atlántico en velero y hacer -en 2010- la marathón de Nueva York.



CONCHITA

Finlandesa de nacimiento (1980) pero madrileña de corazón, Conchita reconoce ser una apasionada de la música, con un gusto ecléctico.

Ella es cantautora y, aunque domina el teclado, su instrumento musical preferido es la guitarra.

Tiene varios discos de oro y platino en su prometedora carrera musical que no ha hecho más que empezar, y en 2008, recibió el Premio de la Música al Artista Revelación y Autor Revelación.

Compone temas sobre sus propias vivencias de "amor y desamor" donde expresa sentimientos y situaciones que a todos podrían llegar a tocar.

Le gusta el mundo infantil y participar en proyectos colectivos.

www.conchitaweb.com



CRISTINA VERBENA

Nació en Albacete, pero ella dice que ya no se le nota.

Ha vivido aquí y allí, pero ahora reside en Zaragoza.

Desde joven, su abuela le decía ‘Vete, vete a la Verbena, ve a hacer por la vida’. Y de ahí, su apellido artístico.

Es licenciada en Filología y narradora profesional desde 1998, con una amplia formación en teatro y técnicas vocales.

Ha participado en festivales de narración y en proyectos de animación a la lectura en España e Italia.

Además de arte, tiene muchas tablas en esto de contar historias mezcladas con canciones tradicionales. Lo disfruta y lo vive.

www.cristinaverbena.com



MAGDA LABARGA

Nació en Las Palmas de Gran Canaria, en 1967.

A los diez años viajó a Venezuela, y fue allí donde descubrió que le gustaba narrar desde que comenzó a contarle a su hermana las novelas que leía. En Caracas confirmó cuánto le gustaba el castellano -con uno u otro acento-.

Para intentar permanecer callada aprendió algo de mimo.

Narradora oral, actriz y directora de teatro, ha recorrido España y gran parte de América del Sur y Portugal contando sus mejores historias, con poco equipaje y mucha imaginación.

Además, es escritora de varias obras de teatro para niños y niñas.

Fue la ganadora del X Premio SGAE de Teatro Infantil y Juvenil que cada año convoca la Fundación Autor, en colaboración con Grupo Anaya.



MANUELA VELLÉS

Ésta actriz nació en Madrid en 1987.

Realizó su formación en interpretación en el estudio Jorge Eines.

Su carrera cinematográfica comenzó con “Caótica Ana” de Julio Medem.

También participó entre otras obras en “Camino” de Javier Fesser, y en diferentes series de televisión.

Su mayor afición es tocar la guitarra y cantar. Le vuelve loca la tortilla de patatas de su tía Ester, bailar flamenco, que la peinen y llevar tacones. Tiene 3 deseos: ir a París a estudiar francés, hacer un musical en Londres, e ir a la India para aprender yoga.

Si alguien quiere conquistar a Manuela, un consejo, no la inviten a marisco.

www.manuelavelles.com



MARTHA ESCUDERO

Mexicana (1961), y afincada en Barcelona desde 1993.

Es narradora para todos los públicos, y su repertorio se nutre de mitos, cuentos y leyendas tradicionales, así como de relatos y cuentos de autor.

Martha se encontró con el arte de narrar cuentos “como uno se encuentra con el amor, inesperadamente”.

Narra historias de amores perdidos y encontrados, eternos y fugaces, tiernos y salvajes.

Cuenta cuentos de muy diversas procedencias. Desde un relato cosmogónico de México hasta cuentos de autores contemporáneos.

Una pasión: pasar tiempo con su familia.

www.marthaescudero.com



PATRICIA URRUTIA

Nació en la Villa de Bilbao en 1977.

Es licenciada en Filología Clásica por la Universidad del País Vasco, estudió Arte Dramático en Londres, y años después, fundó una compañía de teatro en Bogotá.

En la actualidad, y de vuelta a casa, vive en Madrid, donde trabaja como actriz de teatro, cine y televisión.

Habla (sólo) cinco idiomas y algún día retomará sus clases de violín clásico. Le gusta ir a “su playa” de Bizkaia, el pure de lentejas y la manzanilla de Jerez. De su estancia en Londres se queda con el encantador parque de Hampstead Heath. Y de Colombia, las arepas, ¡por supuesto!

www.patriciaurrutia.com

Los cuentos de Mingabe

Fibromialgia



De 0 a 6 años

Manu y Gus

Un cuento escrito por BEATRIZ BERROCAL
ilustrado por ALICIA C. CORTÁZAR,
al que MAGDA LABARGA ha puesto voz.





Manu y Gus

¿Sabes, Gus? Hoy estoy enfadado con mamá, sí, pero que muy enfadado. ¿Los cachorritos de perro labrador tenéis mamá? Seguro que sí, claro, pero estará en la huerta labrando, porque será una mamá labradora.

¿Que por qué estoy enfadado con la mía? Pues porque quiero que me lleve al parque con la bici y hagamos carreras, como otros días y no me hace ni caso.

Hoy se ha pasado el día tumbada en el sofá y eso no me gusta nada, porque a los niños de cinco años y pico nos gusta salir a correr y subirnos a los toboganes y que nos den muy fuerte en los columpios, para llegar hasta el cielo, como hacemos

otros días, que me da fuerte, fuerte y me mondo de risa porque me entran en el estómago unas cosquillas tremendas que me hacen reír sin parar.

Pero dice que hoy no puede ser, y eso me joroba, porque así no vale.

¿Te acuerdas cuando montábamos el tren eléctrico en el salón y se tiraba al suelo conmigo para poner las vías? Y hasta me ponía una gorra del abuelo que fue jefe de estación de verdad. Me tapaba los ojos enteritos porque me queda muy grande, pero mamá se reía mucho y nos lo pasábamos muy bien.

Hoy le dije que si no me llevaba al parque, podíamos montar el tren, pero otra vez me ha dicho que no, que hoy no puede.

¿Qué pasa, Gus? ¿Es que hoy no puede hacer nada o qué?

¡Pues vaya vacaciones de verano! Así no mola nada estar sin colegio...

–A ver, Manu– me dice papá cuando llega de trabajar y me encuentra con un poco de morro– ¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué tienes esa cara?

–Estoy muy enfadado porque mamá hoy no me ha hecho ni caso.

Sí, Gus, se lo digo así de clarito para que se entere bien enterado.

–¿Cómo que mamá no te ha hecho caso? – dice papá frunciendo un poco las cejas– Eso no puede ser, mamá siempre está pendiente de ti.

–Pues hoy, no, papá, hoy no ha querido jugar nada conmigo, ni a trenes ni a bicis, y eso está muy mal hecho ¿A que sí, papá?

Entonces, Gus ¿sabes lo que ha hecho? No te creas que me ha dicho “pobrecito”, ni nada de eso, qué va. Ha cogido y se ha ido derechito para el sofá donde estaba mamá, yo creía que para regañarla un poco por lo que le había contado, pero no, nada de eso, ha llegado a su lado y la ha llenado de besos.

¡Anda! ¿Tú entiendes algo, Gus? Yo tampoco.

–¿Qué pasa, cariño? ¿Estás peor? – le ha dicho a mamá mientras la abrazaba con esos brazos enormes que tiene papá.– Bueno, mujer, no te preocupes, ya verás como se te va a pasar enseguida. ¿Tomaste el calmante? Pues ya está, ya sabes que después de estos días malos, vendrán otros mejores... Anda, cielo, no te pongas triste. ¿Llamaste al trabajo? Por el niño no te preocupes, ahora juego yo con él un rato, tú descansa que ya verás como dentro de un rato te encuentras mejor.

“¡Por el niño no te preocupes!” Te lo prometo, Gus, que le ha dicho “Por el niño no te preocupes”, que lo he oído yo, y me he quedado pasmado. Pero ¿cómo que no se preocupe por el niño, que soy yo? Entonces ¿de quién tiene que preocuparse si no hay nadie más en la casa? Bueno, perdona, Gusito, no te enfades, ya sé que también estás tú, pero a ti te cuido yo.

–¡Manu!– escóndete, Gus, seguro que papá me llama para ducharme y hoy no tengo ganas– Ven aquí, hijo, ¿a qué te apetece jugar?

¡Ostras! Vamos, aprovecha que a lo mejor hoy se ha olvidado de la ducha.

¿A qué queremos jugar, Gus? ¿Le digo a las piezas? No, le digo a coches.

No, no, le digo a los monstruos. ¡Ay, no, no, ya sé! Le digo a pintar, que pintar uno solo es un poco rollo, pero con alguien mola mucho.

–¿Pintamos, papá?

–¡Perfecto! ¿Qué quieres pintar? ¿Alguno de los libros de dibujos que tienes? Mira, ¿terminamos este que ya está empezado?

–Vale, ya le queda poco, porque mamá y yo hemos pintado muchos hoy.

–¡Vaya! Pues sí que os han quedado bonitos. ¿No decías que mamá no te había hecho ni caso?

–Digo de jugar o de ir a la calle. De pintar sí que me ha hecho caso, eso sí.

–¿Sólo de pintar?

–Bueno, también hemos leído muchos cuentos.

–¿Y nada más?

–Hemos visto una peli de dibujos, y hemos cantado canciones, pero sólo eso.

–¡Vaya! Sólo eso. ¿Y no te ha puesto el desayuno, ni la comida? Debes de estar muerto de hambre, cariño.

–¡Sí! Claro que sí, y también hicimos un bizcocho de chocolate y unas tortitas con azúcar, te hemos dejado unas pocas, mira.

–¡Tienen una pinta estupenda! Veo que habéis hecho muchas cosas juntos, no entiendo entonces por qué estabas tan enfadado con ella.

–Porque no me ha hecho caso de la calle, de los otros casos sí, pero de la calle y del tren eléctrico no. ¿Pintamos o qué?

–Sí, vamos a pintar, venga, yo empiezo por este lado y tú por ese ¿vale? Verás qué bonito nos va a quedar.

Gus, tú no puedes pintar porque los perritos labradores no pintan, ya te llevaré yo un día al campo para que labres allí todo lo que quieras ¿vale?

–Mira, Manu, quiero explicarte por qué mamá hoy no ha podido hacer contigo las mismas cosas que otros días.

–Pero dijiste que íbamos a pintar.

–Y podemos ir pintando y hablando ¿no te parece?



Me parece que me quiere liar, eso es lo que me parece, pero bueno, le voy a dejar que hable porque yo puedo pintar y escuchar a la vez, pero no sé si él podrá hablar y seguir pintando, a lo mejor le sale un churro.

–Verás, hijo, mamá está un poco malita hoy y por eso ha tenido que tomarse una medicina y acostarse un rato para que se le pasase el dolor.

–¿El dolor de qué?

–El dolor de todo, porque hay días en los que le duele todo un poco: la cabeza, la espalda, las piernas, los brazos, aunque luego se le pasa, no tienes que preocuparte.

Se me queda mirando, el caso es no pintar, pero yo no paro, porque no quiero oírle, no me gusta ni un pelo lo que me dice. ¿Por qué tiene que estar mamá malita? No quiero, no me apetece, hala.

–¿Y por qué cuando yo estoy malo me lleváis al médico y ella no va?

–Sí que va, cariño, ya ha ido al médico otros días y le ha puesto esa medicina para que se mejore, pero tendrá que volver más veces porque esto no es como un catarro que se cura y ya está, esto tarda un poco más ¿me entiendes, hijo?

Me está quedando un gato precioso, lo he pintado de rojo. ¿Has visto alguna vez un gato rojo, Gus? Yo tampoco, pero ¿y qué? Es mi gato y lo pinto como quiero.

–Pues la mamá de Juan una vez estuvo mala y se curó, y además, tenía una herida y llevaba un brazo vendado, pero mamá no tiene ninguna herida, yo no veo que esté mala.

–A ver, Manu, hay veces que las cosas se ven, y otras que están por dentro, y entonces no se ven, pero eso no significa que no estén ahí.



—¿Y por qué no le hacen una fotografía de esas en las que te ven los huesos como si fueses la bandera de un barco pirata? A mi profe de música un día le hicieron una de esas y nos la enseñó, se le veían los huesos de la mano y así pudieron curarla.

—Pero es que lo de mamá no sale en esas fotografías, no puede verse, pero está ahí.

—Pues vaya un rollo. ¿Y por qué no le dan otra medicina que la cure más? Ella me da a mí unos jarabes que saben horribles hasta que me pongo bueno.

—La medicina que está tomando es buena, hijo, lo que pasa es que no la cura del todo, del todo.

Mira Gus, yo ya he terminado mi parte del gato rojo y papá todavía no ha terminado la caseta, te lo dije, se pone a hablar y deja la pintura en la mesa, no puede hacer todo a la vez, pero yo sí ¿a que sí? ¿A que me está quedando guay?

—Hay otra medicina que puede curar a mamá.

—¡Jo! Pues vete a la farmacia de Rosa y se la compras.

—Es que esa medicina no se vende en las farmacias, Manu.

Mira Gus, le voy a poner el rabo de este rojo más rojo todavía. ¡Cómo mola! Parece un diablillo ¿verdad? ¿Le ponemos unos cuernitos pequeños? ¿Vale que era un diablillo bueno?

—¿Y dónde la venden entonces?

—No la venden, la tenemos nosotros en casa y se llama cariño. Con nuestro cariño mamá se puede mejorar mucho, si la cuidamos, si la recordamos cuánto la queremos, si procuramos no enfadarnos con ella porque un día se encuentre un poco peor, seguro que pronto se le va a pasar el dolor.

–¿Y ya no dirá más “menuda vida” y se le pondrá la cara más “alegrada”?

–Claro que sí, se le pondrá la cara como ella la tiene, alegre y sonriente.

–Ah, vale.

¿Le has oído, Gus? Pintar, no ha pintado casi nada, pero ha dicho unas cosas importantes que yo no sabía y tú tampoco ¿a que no?

–¿Y por qué no me habías contado eso antes?

–Mamá no quería que te preocupases por ella, pero yo creo que ya puedes entenderlo, eres muy mayor.

Claro que soy mayor, tengo cinco años y pico, así que puedo entender muchas cosas si me las dicen, claro, porque si no, me enfado, como hoy.

–¿Y por eso mamá no ha montado en la bici como otras veces? ¿Porque le dolían todas las partes del cuerpo humano?

–Sí, hijo, por eso, porque le dolían todas las partes. Pero ha hecho muchas otras cosas que sí que podía hacer: te ha contado cuentos, ha pintado contigo, habéis visto una peli juntos...

–Y hemos cantado... Canta mal, pero bueno, eso le pasa también otros días...

–Fíjate qué de cosas puede hacer aunque le duela algo, no creo que haya que enfadarse con ella porque un día no pueda montar en bici o poner el tren eléctrico, eso se puede hacer mañana o pasado, pero a ella tenemos que cuidarla hoy.

–Porque somos los hombres de la casa, como dice la abuela Luisa.

–No somos los hombres de la casa, somos la familia de la casa y nos tenemos que cuidar cuando no nos encontramos bien.



Sí, Gus, ya lo sé, he dejado de pintar yo también, pero es que papá dice unas cosas que me dejan la mano medio tonta y no puedo seguir pintando. A lo mejor no me entiendes porque al ser un cachorrito, hay cosas que no entrarán en tu cabeza, pero es que resulta que se me ha quitado el enfado y me he convertido en un niño “desenfadado” porque me está empezando a parecer que hoy no lo he hecho muy bien.

–Oye, papá, ¿tú crees que mamá estará enfadada conmigo por no haberla cuidado bien hoy?

–No creo, hijo, pero puedes ir y preguntárselo.

–Vale, voy.

Gus, ven conmigo, el gato rojo lo podemos terminar mañana, pero a mamá hay que cuidarla hoy, porque somos una familia, Gus, tú también eres familia, aunque seas un poco animal, o sea, un poco perro, también eres de esta familia.

Mamá está leyendo en el sofá, ya no está tumbada, se ha sentado y tiene las piernas tapaditas con la manta azul. Gus y yo nos acurrucamos a su lado y ella estira la manta y me tapa las piernas a mí también.

Está leyendo un cuento sin dibujos, llenito de letras por los dos lados, no sé cómo puede leer una cosa tan aburrida, así no creo que se mejore.

Voy corriendo a la cocina, papá está haciendo la cena, ya sabía yo que no iba a pintar casi nada. He cogido mi gato rojo para enseñárselo a mamá, es mucho más bonito que el cuento ese que lee. Gus corre detrás de mí, da todos los pasos que doy yo y me entiende ya todo lo que le digo.

—¡Es precioso, Manu! ¡Un gato rojo con cuernos! ¿A que es un diablillo? Un diablillo bueno, por supuesto, porque mira la carita que tiene, no puede ser malo.

¿Se lo has dicho tú, Gus? ¿No? Pues yo tampoco. Lo que pasa es que mamá siempre ve lo que pinto, siempre lo entiende todo.

Le doy un beso, tiene la cara un poco fría. Le toco la punta de la nariz. No falla, cuando mamá tiene la punta de la nariz fría es que tiene frío desde la cabeza hasta los pies, así que le coloco bien la manta y le froto las manos.

¿Sabes lo que podemos hacer, Gus? Vamos a soplarle un poquito en la nariz, así, los dos juntos. A veces jugamos a eso, le soplo aire y así se le calienta, como si yo fuese una estufa calentadora de narices. Hoy puedes jugar tú también, te invito a un rato de madre ¿vale?, porque no sabes lo que te pierdes sin ella, no es labradora como la tuya, es de los bancos y eso, pero bueno... Ven con nosotros, Gus, coge aire y sóplale en la nariz, verás cómo le gusta. ¡Hala, pero no vale pasarle la lengua por toda la cara, sólo es soplarle un poco la nariz!

—¿A que ya estás mejor, mamá?

—¡Mucho mejor, tesoro, mucho mejor!

—Gus y yo te hemos curado con el jarabe de cariño y se te ha puesto mejor tu cuerpo humano ¿a que sí?

Le da un poco la risa, mamá se ríe muy bien, y está mucho más guapa con esta cara que con la otra ¿no te parece?

—Sí, cielo, ya tengo mejor mi cuerpo humano, es verdad.



–Es que yo no sabía que estabas mala de una cosa que no se ve, porque como no se ve, no puedo verla, y claro... Tiene que dar mucha rabia que no se vea ni en las fotos de huesos ¿a que sí?

–Da una rabia tremenda, hijo mío, tienes mucha razón.

–Pero no te preocupes, mamá, tienes que estar tranquila porque Gus y yo te vamos a cuidar, además no pasa nada porque hoy no montes en bici, mañana montarás dos veces y ya está.

–Vale, vale, no se me va a olvidar.

–Además, ya sabes que tienes unos días peores y otros más peores todavía, que se lo he oído a papá... ¿O no era así? No, eran malos y peores. No, no, eran... Gus ¿tú te acuerdas cómo era? No, mamá, Gus tampoco se acuerda, pero vamos, que no te preocupes, que nosotros te vamos a cuidar todos los días de tu menuda vida, por si acaso, y ya está. ¿Te soplo? ¿Te soplamos otro poco?

–No, hijo, no, no hace falta que me soples más, tranquilo. Y tú también tranquilo, Gus, ya estoy mucho mejor. Es muy bueno el jarabe este de cariño.

–Y no sabe tan malo como los que me das tú.

–¡A cenar!– dice papá desde la cocina– Vamos, Gus, te dejo que te coja mamá porque yo ya no soy un cachorro. Como tiene dos manos, una para cada uno ¿vale?

–Mamá, tienes mucha suerte de tener dos manos.

–Pues sí, hijo, la verdad es que sí, Y también mucha suerte de tenerte a ti.

–Y a Gus. ¿A que sí?

–Claro que sí, y a Gus también.

De 6 a 8 años

Las cosas que importan

Un cuento escrito por MARTA RIVERA de la CRUZ
ilustrado por VIOLETA LÓPIZ,
al que MANUELA VELLÉS ha puesto voz.





Las cosas que importan

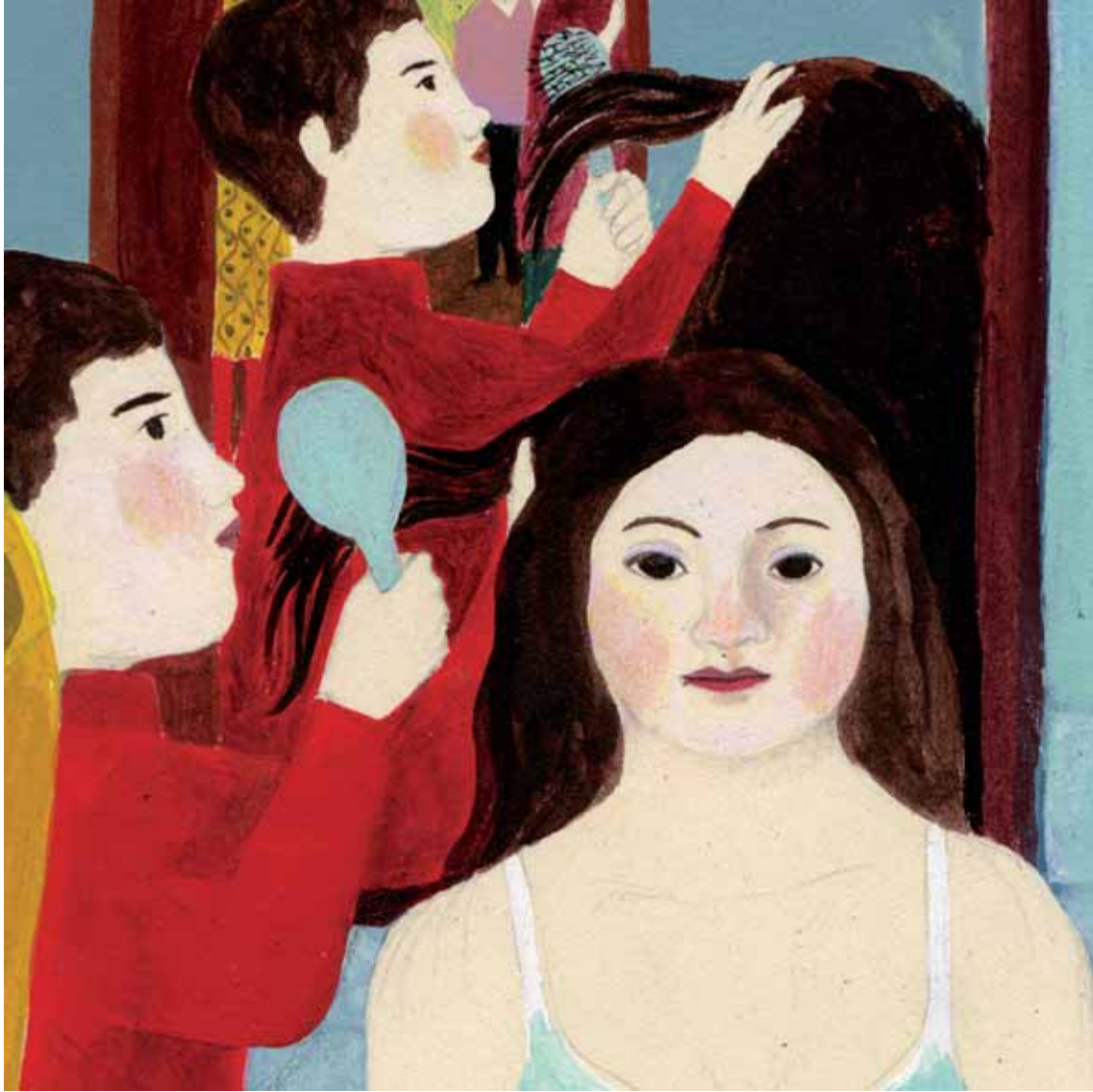
Fibro... ¿cómo?
-Fibromialgia

No me gustan las palabras raras. No me gustan en absoluto, y menos aún cuando son largas, y esta era las dos cosas. Mi padre la había dicho, muy serio, mientras acariciaba la mano de mi madre, que estaba sentada a su lado y ponía una cara distinta, como si estuviera a punto de echarse a llorar. Fibromialgia, decía mi padre, como si esa palabra tan larga, tan rara, que sonaba tan mal, pudiese explicar todas las cosas que nos estaban pasando.

Todo comenzó hace un mes o así, cuando mi madre empezó a decir que se cansaba, a andar arrastrando los pies y a tumbarse en el sofá. Uno de esos días me acerqué a ella para darle un abrazo y soltó un grito. Yo no le hice nada, de verdad. Sólo quería darle un achuchón, porque aquel día no había ido a buscarme al cole y la echaba de menos. Pero por el grito que pegó parecía que le había clavado un cuchillo o algo así. Me eché a llorar, y ella también. No entendí nada, pero por si acaso le pedí perdón, y ella me decía, no es culpa tuya, no es culpa tuya, pero se frotaba el brazo como si le doliese mucho. Creo que hasta mi padre se asustó. Y ver a mi padre asustado no es nada agradable, la verdad. Tampoco lo es que grite mi madre, y encima por mi culpa.

Pero en eso estaba equivocado: la culpa no era mía, sino de la dichosa fibromialgia. Aquella tarde mi padre nos explicó que mamá tenía una enfermedad que le provocaba agotamiento, y dolores en los brazos, y en las piernas, y en las manos, y hasta en la piel algunas veces. Por eso llevaba una temporada tan cansada, tan pálida, con ojeras debajo de los ojos y el ánimo por los suelos. Eso decía ella, tengo el ánimo por los suelos.

Si yo me quedé de piedra al saber el nombre de la enfermedad de mi madre, ya no te digo como se quedaron mis dos hermanos mayores. Mis hermanos tienen diecisiete años cada uno. Son gemelos, y van a su aire. Eso es lo que dice mi madre, tus hermanos van siempre a su aire. Supongo que quiere decir que salen y entran cuando les da la gana, que se pasan el día colgados del teléfono y que a veces no aparecen ni a cenar. Eso debe ser lo de ir a tu aire: hacer lo que te apetece sin contar con nadie. Mi hermana es una pija que tiene un montón de amigas pijas, y se compra



ropa pija sin parar, va a fiestas y cambia de móvil cada dos por tres, porque se le queda anticuado o porque lo pierde. Mi hermano juega al tenis y al baloncesto, y no le hables de nada que no sea eso, porque pasa pilas. También tiene una novia estirada y borde que a veces viene a casa y parece que es muda, porque no dice ni hola, la tía.

Creo que mi hermano y mi hermana no nos consideran demasiado interesantes, ni a mis padres ni a mí. Recuerdo que el año pasado tuvieron un lío de los gordos con papá y con mamá porque nos íbamos a ir a Canarias de vacaciones de semana santa y ellos decían que de eso nada, que preferían quedarse en Madrid para salir con sus amigos y que eso de irnos a Canarias era propio de una familia de horteras. Mi hermana prefería estar con su pandilla de pijas y digo yo que mi hermano quería estar con su novia la muda. El caso es que al final, después de muchas discusiones y muchos gritos, mis padres y yo nos fuimos al viaje de marras y ellos se quedaron en Madrid, a su aire. Mis hermanos pasan bastante de nosotros. No sé si eso le ocurre a todo el mundo cuando se hace mayor, que pasa de la familia.

Mis hermanos se llaman Paco y Berta. Yo me llamo Bruno, aunque todos me llaman Nano, vete tú a saber por qué. A alguien se le ocurrió el chiste cuando era yo muy pequeño, y ahora voy por ahí con un nombre que está muy bien para un niño, pero ya veremos qué pasa cuando tenga más años, y un trabajo y un coche. No sé qué pensarás tú, pero Nano no me parece el nombre de una persona mayor. Es el nombre de un niño. De un niño de ocho años. De un niño como yo, aunque se llame Bruno. A veces me entran ganas de decirle a todo el mundo a grito pelado que dejen de dirigirse a mí por ese nombre estúpido. ¿Para qué me pusieron Bruno

si luego iban a llamarme de otra forma? Pero tengo la sensación de que no serviría de nada protestar. Por eso tengo ganas de crecer, de cumplir diecisiete años y de empezar a ir a mi aire, como mis hermanos, y no contestar cuando me digan Nano.

Eso es lo que voy a hacer, sí señor. Porque llamarme Nano era el mayor de mis problemas hasta aquella tarde en la que papá nos reunió a todos en el salón para decirnos que mamá tenía una enfermedad con un nombre largo, raro y feo.

Fibromialgia.

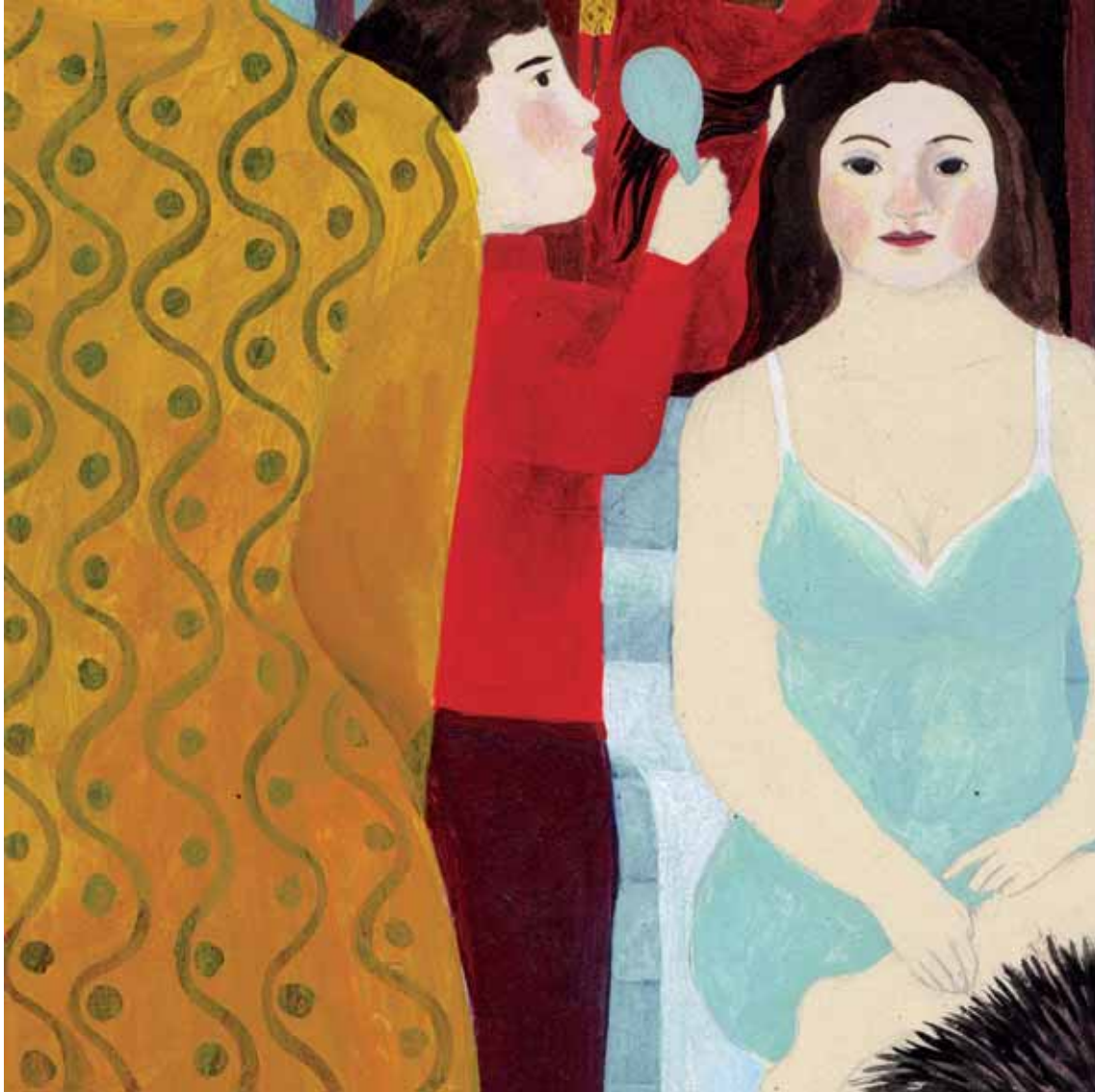
Y de pronto me di cuenta de que lo de llamarme Nano había dejado de tener importancia.

Aquella tarde papá nos explicó que era necesario cambiar algunas cosas. Que mamá tendría que dejar de trabajar y que por eso íbamos a tener un poco menos de dinero. Que tendríamos que echar una mano en casa porque mamá no podía encargarse de su parte de las tareas.

—Y, sobre todo, tenemos que colaborar todos para que mamá se sienta mejor.

Yo dije que sí a todo, claro, pero pensé en lo difícil que iba a ser la cosa con mis hermanos, que ya se sabe que van a su aire, como dice mamá. Pero, pásmate, Berta y Paco dijeron que allí estaban ellos para lo que hiciese falta, y que a partir de ahora mamá iba a vivir como una reina. Sí, eso exactamente fue lo que dijeron: como una reina.

Yo me lo creí a medias, y me parece que papá no se lo creyó nada, porque puso una cara que conozco muy bien y que quiere decir “yo eso no me lo trago hasta que lo vea”. Por eso supongo que tuvo que flipar en colores cuando se levantó



al día siguiente y, descubrió que Berta había preparado el desayuno de todos, y hasta le hizo a mamá unas tortitas que le gustan mucho. Y más que flipó cuando supo que, antes de marcharse al instituto, Paco había recogido la cocina y pasado el aspirador por el salón.

¡Chúpate esa!

Aquella tarde, cuando volví del colegio, Berta y Paco dijeron que querían hablar conmigo, y entonces fui yo el que flipé porque mis hermanos, con eso de ir a su aire, no me dirigen la palabra salvo para prohibirme que toque sus cosas o para mandarme a algún recado. Pero aquella tarde me hablaron los dos, muy serios.

–Nano... ¿tú entiendes lo que le pasa a mamá?

–Psche... más o menos. Pero no me gusta el nombre.

–Pues lo que le pasa es que tiene una enfermedad que hace que esté cansada y que le duela todo: la cabeza, la espalda, las rodillas... Por eso va a tener que dejar el trabajo...

Ya, ya, ya. Y por eso vamos a tener menos dinero, eso lo dijo Papá ayer.

–Berta y yo hemos estado pensando que, si entre todos nos ocupamos de las cosas de la casa, ya no tendrán que pagar a la asistenta y se ahorrarán unos euros.

Así que era eso: mis hermanos querían que hiciésemos algo entre los tres... ahora si que estaba alucinando. Pero alucinando en todos los colores del arcoiris

– Las cosas más gordas no te tocarán a ti porque eres pequeño... pero hay tareas que sí que puedes hacer.

Les miré con la boca abierta.

–Bueno, no te quedes ahí como un pasmarote. Di algo.

–Pues... pues que sí, que claro.

–Muy bien. Os explicaré como nos vamos a organizar...

Berta siempre ha sido muy mandona, pero es que a mi hermana se le da muy bien mandar. Cuando sea mayor, fijo seguro que va a ser directora de algo, y pobre del que no la obedezca a la primera. El caso es que Berta hizo en el ordenador un cuadrante de Excel para que los tres supiéramos de qué cosas teníamos que ocuparnos cada día de la semana.

Al despertar, cada uno se haría su cama y ventilaría su cuarto. Luego, y mientras Berta preparaba los desayunos, Paco haría la cama de papá y mamá y fregaría el baño. Por la tarde, a la vuelta del colegio, yo tendría que ordenar el salón (lunes y miércoles), limpiar el polvo (martes, jueves y sábados) y garantizar que mi habitación estaba como una patena, eso fue lo que Berta dijo, “como una patena, Nano, así la tienes que tener”.

La colada se haría los martes y los viernes, y cada cual sería responsable de separar su ropa y meterla en la lavadora. Paco se ocuparía de tenderla y de plancharla, aunque un día a la semana sería papá el encargado de la plancha. La cena la haría Berta, que también dejaría comida preparada para mamá. La cocina la limpiarían por turnos Berta y Paco, y el sábado papá haría la compra de productos frescos. El resto lo encargarían por internet.

–Yo tengo menos tarea que vosotros...– dije yo, porque lo justo es justo, y está claro que eran Berta y Paco los que se iban a comer el marrón más grande.

–Porque eres el más pequeño. A cambio, te va a tocar otra tarea que no está en el cuadrante.



¿Otra tarea? Lavar, tender, planchar, hacer compra, cocinar, el fregoteo...
¿de qué podía tratarse?

–Tendrás que ocuparte de mimar a mamá...

¡Anda!

–¿Y qué tengo que hacer?

Berta me miró y se echó a reír.

–Y verás como se te ocurren cosas.

Y se me ocurrieron. Vaya que si. Aprendí a jugar a las damas, que a mamá le encantan. Aprendí a hacer el té como a ella le gusta, con miel y un poco de limón, y a llevarlo con cuidadito para no derramar una gota. Aprendí a calentarle los pies frotándoselos con las manos, porque muchas veces se le quedan fríos, y aprendí a saber cuándo tenía dolores especialmente fuertes: cuando eso ocurre, mamá se queda pálida y aprieta los dientes. Entonces, yo me siento a su lado, le hablo bajito y le acaricio el pelo, y debo hacerlo bien porque a veces hasta se queda dormida. Ahora sé hacer tostadas con tomate y aceite, exprimir las naranjas para darle a mamá zumo natural, y hasta a secarle la melena, porque cuando está pocha le cuesta sujetar el secador.

La vida de mi familia cambió desde que escuchamos aquella palabra, fibromialgia, que tan rara nos sonó el primer día y que a fuerza de decirla muchas veces, hasta ha llegado a parecernos menos terrible.

Mis hermanos ya no van a su aire: todo lo contrario. Se esfuerzan un montón para que la casa funcione como un reloj, porque eso es lo que dice papá, esta casa funciona como un reloj, y es gracias a mis hermanos mayores. Hombre, no digo yo



que a veces no metan la pata: ayer Paco quemó una camisa de mi padre, y el otro día Berta le echó a las lentejas azúcar en lugar de sal, y hubo que tirarlas. Pero hacen todo lo que pueden, y encima con buena cara. Berta sale mucho menos con sus amigas las pijas, y la novia de Paco parece que ha aprendido a hablar y el sábado pasado incluso nos ayudó a hacer la lista de la compra.

En cuanto a mí, me he convertido en un maestro de los mimos. Últimamente he aprendido a dar muy bien los masajes en los pies y en las manos –en el cuello no, porque eso ya es más difícil– y a saber cuando hay que endulzar el zumo porque las naranjas están ácidas.

Y he aprendido otra cosa: a no dar importancia a tonterías. Ahora, lo que de verdad me preocupa es que mamá esté mejor, que los médicos controlen bien su enfermedad, que mis hermanos no se agobien demasiado con las tareas de la casa, que papá sepa que puede contar con nosotros para que todo funcione y que sepa que las cosas nos van a ir bien pase lo que pase.

Vamos, que a estas alturas me importa un pito que me llamen Nano.

De 8 a 10 años

Danieloto y la caja de madera

Un cuento escrito por MAR SANTOS
ilustrado por LUCÍA SERRANO,
al que CONCHITA ha puesto voz.





Danieloto y la caja de madera

¡**Q**ué bien que hayáis empezado a leer! porque tengo una historia que contaros. Pasó hace un año cuando me quedé unos días en casa de mi abuela Roberta. Pues veréis,... un momento, pero si ni siquiera me he presentado.

Me llamo Daniel, pero todo el mundo me llama Danieloto. Tengo 10 años, soy castaño, tengo los ojos marrones y un lunar en el lóbulo de la oreja derecha. Cuando era pequeño me caí cuando montaba en un triciclo y me hice daño en la barbilla. Ahora tengo una cicatriz.

Me encantan los huevos fritos con patatas, coleccionar cromos y cuando sea mayor me gustaría ser mago. Siempre he pensado que cuando haga mis trucos de

magia diré que guardo mis poderes en la oreja, que están concentrados en mi lunar mágico.

Creo que esa ha sido una buena presentación. Ahora ya sabéis quien soy. Yo sólo sé de vosotros que os apetece leer este cuento, pero os tengo que decir que esto no es una historia inventada como mi lunar mágico, es una historia de verdad.

El verano pasado mis padres se fueron de vacaciones a una ciudad que está muy lejos de aquí. Era el primer año que se iban de vacaciones sin mí, así que al principio me enfadé un poco. Me dijeron que sólo serían tres días y que me quedaría con la abuela.

Mi abuela Roberta es rubia y tiene los ojos azules. Nos llevamos muy bien, me gusta mucho estar con ella aunque a veces es un poco pesada. Camina siempre con un bastón. El mango del bastón tiene forma de pato, suele bromear diciendo que si me porto mal con ella el pato me dará un picotazo. A veces le duelen mucho las piernas, las manos o el cuerpo, tanto que hay días que no se puede levantar de la cama.

Por fin llegó el día de ir a casa de la yaya (así llamo a mi abuela). Mis padres se despidieron de mí en el portal y yo subí las escaleras con mi mochila. Cuando llegué arriba ya estaba la abuela esperándome con la puerta abierta.

–¡Hola yaya!

–Pero que nieto más guapo que tengo.– Mientras me decía lo que había crecido me apretaba los mofletes, siempre que me ve hace lo mismo, me los aprieta tanto que me los deja colorados.

–Yayaaaaa, ¡me haces dañoooo!– me quejé yo.

Por fin me soltó, y mientras me daba con su bastón un ligero golpecito en el culo me dijo:

–Ale, deja la mochila y prepárate que vas a ayudar a la yaya a hacer la compra.

–Jo, yaya, si acabo de llegar.– volví a quejarme.

–Pues tienes razón. Vamos a tomarnos un zumo y luego nos bajamos al mercado.

Y así lo hicimos. Mientras nos bebíamos el zumo estuvimos hablando de que cuando ella era joven le gustaba mucho correr, una vez ganó una competición muy importante de su pueblo y el alcalde le regaló un trofeo que todavía guarda. Yo le dije que cuando sea mago, me podré teletransportar tocando mi lunar mágico y diciendo las palabras “volare arribare” y así no tendré que caminar ni correr nunca más.

Acabamos el zumo y nos fuimos al mercado. Había mucha gente y era muy ruidoso, el primer puesto que se veía desde la puerta era una frutería. Mi abuela se acercó y empezó a hablar con la tendera. Pero no hablaban de frutas, ni de verduras, si no de la señora Angelines y de la nueva casa que se había comprado. Así estuvieron durante un buen rato, tanto que decidí ir a explorar el mercado porque me estaba aburriendo.

Mientras paseaba vi puestos de todo tipo, de pescado, de carne, de flores, de botones,... cuando pensé que ya había recorrido el mercado entero, me fijé en un pequeño puestecito. Estaba situado entre dos tiendas que estaban cerradas, así que no había nadie en esa zona, ni siquiera dependiente, así que no te podía atender nadie.

El cartel del puestecito decía: “coge la tuya”. El mostrador estaba lleno de cajas de madera apiladas una encima de otra.

–¿Qué es esto? –Pensé– ¿Qué significa que coja la mía?, ¿me llevo una caja?, ¿y cómo sé cuál es la mía?

Pensé que todo aquello era muy raro y que yo no quería una caja de madera, así que me di la vuelta. Cuando estaba a punto de irme en dirección a la frutería donde estaba mi abuela, una de las cajas se cayó al suelo. Me giré, la recogí y escuché una voz que me llamaba: –¡Danieloto! ¿Dónde estás?–

Me fui corriendo hacia la frutería.

–¿Me ayudas por favor?– me preguntó la abuela, agarré una bolsa y metí la caja dentro.

–Te voy a preparar tu plato favorito, para que luego digas que tu abuela no te cuida.

Cuando llegamos a casa, saqué las verduras y las frutas de las bolsas y también la caja de madera. La fui a dejar en la habitación donde iba a dormir y volví a la cocina a poner la mesa. Estuvimos comiendo y hablando sobre una película que tenía muchas ganas de ver. La abuela me prometió que iríamos a verla.

Después de comer, me fui a la habitación y vi la caja de madera encima de la cama. Me quedé mirándola, no medía más de un folio y en la tapa había dibujada una baraja de cartas, la primera de ellas era el as de corazones –¡Qué bien! –pensé– aquí voy a meter la baraja que utilizo para hacer mis trucos–. Seguí mirando y vi que en una de las esquinas había una pequeña manivela –¿y esto para qué servirá?– intenté moverla pero no pude. –A lo mejor está rota y por eso la regalaban, ¡pues vaya!– pensé.



Me levanté y abrí mi mochila para coger las cartas y meterlas en la caja. Abrí la caja... no os imagináis lo que vi...

Estaba vacía, pero en la parte interior de la tapa había un espejo. Se reflejaba la habitación, podía ver un trocito de la estantería que estaba detrás de mí, pero en mi lugar, donde debería de verme reflejado, había otra cosa, mejor dicho, había otra persona.

Un gorro alargado en el que estaba dibujada una carta con el as de corazones le cubría la cabeza hasta los ojos. Llevaba una capa con el cuello subido por encima de la nariz. Así que sólo se le veían los ojos.

–¡Hola! – me dijo.

–No pude contestar nada.

–Hola Danieloto, vaya cara se te ha quedado.

–Pero... tú... pero... ¿qué?... – no me salían las palabras.

–Yo soy...

–¡No puede ser! –grité asombrado– Eres un mago ¿verdad? Por eso llevas capa. Has hecho uno de tus trucos y haces que te vea a ti reflejado en el espejo en vez de a mí.

–Pues...

–¡Claro! eso es. ¿Me puedes enseñar a hacer ese truco? Es que yo también soy mago, así podré meterme en el espejo de alguno de mis amigos del cole y asustarles, jejeje.

–¡Oye! –gritó un poco molesto– Déjame hablar. Entiendo que te haya sorprendido, pero esto no es ningún truco, yo vivo aquí dentro. Ahora será mejor que gires la manivela.

–¿Para qué? Además, antes lo he intentado y no he podido, yo creo que está rota.

–Inténtalo ahora.– insistió el mago.

Entonces, giré la manivela y esta vez sí que pude moverla. Cuando pasaron unos segundos un pequeño papel se asomó por una abertura que no había visto antes. Cogí el papel que tenía un color amarillento, tenía aspecto de antiguo, en letras muy grandes y oscuras pude leer: SORPRESA.

Le miré extrañado.

–Sorpresa. Cuando ocurre algo que no esperas.– dijo el mago.

–¿Y por qué ha salido este papel?

Y, antes de que me respondiera, la caja se cerró. Intenté abrirla pero fue imposible.

–Pues si que ha ocurrido algo que no esperaba. –pensé– Esto no se lo voy a contar a nadie porque no me creerían–. Todavía estaba sentado en la cama pensando en lo extraño que había sido todo cuando llamaron a la puerta. Era Pilar, la nieta de la vecina de mi abuela, con la que solía jugar cuando venía a visitarla. Me llevé la baraja y me fui con ella.

Estuve toda la tarde jugando con ella, me contó que ha decidido que de mayor será astronauta y que cuando vaya a la Luna plantará flores porque las fotos que ha visto de la Luna son muy feas y grises y no le gusta. Siempre tiene unas ideas muy locas, me lo paso muy bien con ella.

Volví a casa de la abuela y me metí en la habitación. Cogí la caja y la abrí esperando encontrar el reflejo de la estantería y al mago, pero no fue así. Lo que

podía ver esta vez era un árbol tras otro y al mago corriendo tan rápido que se tenía que sujetar el sombrero para que no se le cayera.

–Mago, ¿dónde vas? ¿Por qué corres tanto?– le pregunté preocupado.

–Es la primera vez que salgo del reflejo de la habitación, Danieloto.

–¿Y por eso corres? ¿Te has escapado y no quieres que lo sepan?

–No, no es por eso. –dijo el mago sin dejar de correr– Es que he oído hablar de él, pero nunca lo he sentido y..... ¡gira la manivela!

–¿Por qué? ¿Pero de qué estás hablando?

–¡Gírala!– me gritó entre jadeos.

Cuando lo hice volvió a aparecer un papel por la ranura. Esta vez la palabra escrita era: MIEDO.

–Me da miedo el viento. –me confesó el mago mientras corría.– He venido al bosque porque quería ver los árboles y buscar alguna ardilla. Mientras estaba caminando he oído a dos viejecitos decir que en un rato se levantaría viento, que siempre que los pájaros vuelan así, se levanta viento y luego cae un chaparrón.

–¿Y por qué le tienes miedo al viento?

–Porque no sé como es, siempre he estado en la habitación. Sólo lo he visto cuando azota las hojas de los árboles y...

–Pero mago –le interrumpí– el viento no hace daño.

–Yo he visto que algunas hojas se caen cuando pasa y que a la gente se le mueve el pelo para atrás y dicen que les entra frío.

–Sí. Hay veces que el viento molesta, incluso hace que los paraguas se vuelvan del revés o que los gorros se vayan volando, pero no es peligroso. No hace daño, sólo es incómodo.



–¿Seguro? –me preguntó el mago.

–Ya verás, haz la prueba. Quédate quieto. Aunque te de miedo. Inténtalo.

Entonces el mago me miró, y poco a poco fue disminuyendo la velocidad hasta que se quedó quieto. De repente, pasó la ráfaga de viento y el sombrero del mago se balanceó así como su capa. El mago cerró los ojos. Esto fue todo lo que pasó.

–¿Ves? ¿A que estás bien?–

–Si, me ha dado mucho miedo, no me ha gustado la sensación de frío que he tenido cuando ha pasado, pero luego se ha ido y ya está.

–Claro, ¡pues vaya mago estás hecho! mira que tenerle miedo al viento...

–Seguro que a ti también te pasa, ¿a qué tienes miedo tú Danieloto?– mientras pronunciaba mi nombre la caja se iba cerrando.

Es verdad, yo también tenía miedo a algunas cosas. Hay veces en las que me da miedo la oscuridad y los dentistas. –Resulta que he aconsejado al mago que se enfrente a su miedo: el viento. Podría hacer lo mismo con las cosas que me asustan a mí, a lo mejor así dejarán de asustarme– pensé.

Salí de la habitación y vi a la abuela haciendo los ejercicios que le mandaba el médico, cuando los hace se pone el chándal y está muy graciosa. Le pregunté si podría hacerlos con ella y me dijo que sí, –¡vaya dos deportistas!– bromeé.

Al día siguiente me desperté pensando en la caja, así que salté de la cama y la abrí. Allí estaba el mago con un pañuelo de tela extendido.

–¿Ves estas pequeñas manchas oscuras? Cada una de ellas es una lágrima. –me contó– Míralas bien, si te fijas puedes ver lo que pasó y por qué lloré.

–¿Y por qué las guardas? No son recuerdos bonitos.

–¿Ves esta de aquí?– me preguntó señalándome una manchita– es de cuando me quedé castigado sin ir al parque de atracciones porque había insultado a mi madre mientras discutía con ella. Me quedé muy triste pero aprendí que insultar hiera a la gente y no sirve para nada. Esta otra, es de cuando murió mi abuelo. Lloré mucho. Aprendí que se puede querer a una persona sin que esté contigo, porque la puedes seguir recordando aunque la echas de menos. Aunque en ese momento, yo no podía verlo, en el fondo las lágrimas me ayudaron.

Mientras me contaba esas historias me sentí triste. TRISTEZA fue la palabra escrita en el papel que salió cuando giré la manivela.

Cuando la caja se cerró, fui hacia el salón donde estaba mi abuela.

–Yaya, ¿has llorado alguna vez, pero no porque te cayeras y te hicieras daño, sino porque estabas triste?

– ¿Y por qué quieres hablar de tristezas?

– ¿Por qué no? Todos estamos tristes alguna vez.

– Porque no nos gusta hablar de esas cosas Danieloto. Yo estoy triste muchas veces cariño, porque ya no puedo hacer las cosas que hacía antes. No puedo ir de viaje, no puedo pasear sin pararme cada cinco minutos...

–¿Y qué aprendiste?– le pregunté con curiosidad.

–¿Cómo? ¿Qué se puede aprender de sentirte triste, hijo?

–Hay veces que perdemos a algo o a alguien o no podemos hacer lo que nos gustaría. Entonces estamos tristes y así nos preocupamos por cómo recuperarlo o qué hacer ahora que yo no lo tienes.– Mi abuela me miraba con cara de sorprendida.



–Además,– continué– yo creo que sí aprendiste. Empezaste a usar el bastón con forma de pato con el que puedes andar durante cinco minutos y que además te sirve para darme picotazos cuando me porto mal. Me pides que te ayude con las bolsas de la compra y así luego podemos comer unos huevos fritos con patatas buenísimos. Pusiste en el salón un sofá especial del que te puedes levantar más fácilmente y así puedes ver las pelis que te gustan. Yo creo que has aprendido mucho yaya y que cada lágrima te hace estar más cerca de las cosas que puedes conseguir.

Mi abuela me miraba con cara de extrañeza, pero a la vez sonreía. Tenía los ojos empañados: –¿De dónde habrás sacado esas cosas Danieloto? A quien te haya contado todo eso se le olvidó decirte que hay veces que se llora de emoción y de orgullo al descubrir que una persona tan pequeña como tú es mucho más grande de lo que parece.– Me dijo mientras se le caía una lágrima.

Hoy era el último día que me quedaba en casa de la abuela y no sabía si contarle el secreto de la caja. Como no dejaba de darle vueltas al asunto decidí abrirla. Esta vez el mago estaba de espaldas colocando algo.

–Jejeje– Le oía reírse.

–¿Qué haces? ¿De qué te estás riendo?–

Cuando se volvió pude ver que había enchufado un equipo de música.

–¿Vas a poner música? –y el mago asintió– ¿tanta emoción por eso? ¡Pues vaya!

No hizo caso de mi comentario, mientras lo decía colocó un disco y pulsó la tecla de encendido. Cuando la música comenzó a sonar el mago empezó a bailar y a cantar. Entonces hizo unos movimientos muy raros con los brazos.

–Ese es el baile del robot, lo vi en una película.–dije yo.

–Soy un robot, soy un robot, soy un robot.– mientras lo decía con una voz muy aguda no paraba de moverse.

–¿Pero qué haces?– dije yo a la vez que sonreía.

De repente pegó un salto y se dio la vuelta. Se subió la capa y empezó a menear el culo de un lado hacia el otro.

–Jajaja.– Me reí.

–Vamos Danieloto. Hazlo tú también. No me digas que no. Mueve el culo, mueve el culo, mueve el culooooo.– Me decía canturreando.

Entonces solté una carcajada y no pude parar de reír.

–Pues si no mueves el culo por lo menos gira la manivela.

Lo hice sin rechistar, ya estaba acostumbrado a todo aquello. Al hacerlo en una nota amarillenta se podía leer: ALEGRÍA. Secándose las lágrimas de tanto reírse el mago se dio la vuelta y la caja se cerró.

Aquel mago era muy raro, pero la verdad es que cada vez me caía mejor.

Salí de la habitación y vi a mi abuela hablando por teléfono. Esperé a que colgara y antes de que pudiese hablar me dijo: –Danieloto conozco esa mirada y sé que tienes alguna preparada, pero ahora no puede ser. Estoy cansada y me duele...– no le dejé terminar la frase cuando dije:

–No te preocupes, yaya, tú quédate ahí sentada, ya me encargo yo, jeje.– Y me fui riéndome.

Volví con una caja de plástico enorme.

–Huy, la caja de los disfraces.–dijo ella.– ¿Por qué la sacas? Hoy no es tu cumpleaños ni...

–¿Y qué importa? –volví a interrumpirle– ¿Por qué no podemos hacerlo ahora?

No pude esperar a que me dijera que si para abrir la caja y sacar un parche y un sombrero. Pedí a mi abuela que cerrara los ojos y me coloqué los complementos. Descubrí un tutú de bailarina y también me lo puse.

–Mira– le dije para que abriera los ojos– soy un pirata que no busca tesoros, sólo quiero que todo el mundo vea lo bien que bailo. Empecé a dar vueltas de puntillas sin parar hasta que me estampé contra la pared y se me cayó el gorro al suelo. Aunque me hice un poco de daño no podía para de reírme. A la abuela le pasaba lo mismo.

–Ahora te toca a ti yaya.

–Hijo, si te he dicho que no puedo, como me voy a disfrazar ahora si casi no puedo mover las manos...

–De eso nada– volví a interrumpirla.

Saqué las pinturas de la caja y me acerqué a ella, le dibuje un bigote negro y una perilla a juego.

–Estas muy guapa, señorita Barbuda, mírate.– y le acerqué el espejo que venía con la caja de pinturas.

–Jajajaja.–mientras se reía me daba capones en la cabeza.

Me sentía muy contento y me alegré de que mis padres se hubiesen ido unos días de viaje. En ese momento decidí que la abuela tenía que saber mi secreto, así que le me fui a por la caja de madera.

–Mira yaya, te voy a enseñar algo que seguro no has visto nunca, pero no te asustes eh.– le dije mientras le daba la caja.

Yo estaba nervioso porque no sabía que pasaría, que tal se llevarían el mago y mi abuela ni cómo reaccionarían. Mi abuela abrió la caja.

–Anda, pero si esta ya la había visto.

–¿Cómo?– pregunté muy extrañado.

–La baraja, con esta baraja es con la que haces tus trucos ¿verdad? ¿Por qué creías que me iba a asustar con esto?

–No puede ser. –le dije mientras le quité la caja de las manos– ¿No ves un mago? Tiene que haber un mago reflejado.

–¿Qué mago? –me preguntó la abuela– y sin responderle me fui corriendo a la habitación con la caja en las manos.

Cuando la volvía a abrir, allí estaba el mago.

–¿Qué ha pasado? ¿Por qué no quieres salir cuando esta mi abuela?– le pregunté un poco enfadado.

–Porque no puedo. Danieloto, esta caja es la tuya, y sólo me puedes ver tú.

–No lo entiendo.– Entonces el mago se quitó el sombrero y la capa. No podía creer lo que estaba viendo. Era yo. El mago era yo.

–Soy parte de ti. Te lo quise decir al principio pero me interrumpías todo el rato. –yo le miraba con los ojos tan abiertos como platos.– Cada vez que abras la caja me verás y descubrirás cosas nuevas. Menos mal que tuviste la curiosidad necesaria para acercarte al puestecito del mercado y cogermme, mucha gente esta tan ocupada que sólo se fija en los demás puestos y nunca encuentran su caja.

–¡Vaya!– tal y como me ocurrió la primera vez que abrí la caja, no supe que decir. –Es verdad que cada vez que abro la caja pasan cosas y luego me quedo pensando en ellas. ¡Esto es mejor que un truco! Pero hazme un favor, ponte el disfraz de mago, así es más divertido.

Por la tarde le propuse a la abuela hacer un pastel y tuvimos que ir al mercado a comprar los ingredientes. Le dije que quería ponerle un ingrediente secreto y que yo sabía donde lo vendían, de esta forma fue como la engañé y la llevé hasta el puestecito de las cajas de madera.

–Qué raro, toda la vida viniendo a este mercado y nunca me había dado cuenta de que hubiese una tienda de cajas. Pues a mí me gusta esta.– Y sin pensárselo dos veces cogió una en la que aparecía dibujada una atleta corriendo en la tapa. ¿Cuánto costará?– preguntó.

–Nada yaya, son gratis. Lo pone en el cartel: “Coge la tuya”, además, ¿no ves que no hay nadie para cobrar?

–Es verdad, pero de todas formas ¿para qué quiero yo una caja de madera? Además, tiene una manivela que ni siquiera gira.– dijo.

–Tú llévatela yaya. A lo mejor te sirve para más cosas de las que esperas. Le dije yo.

Espero que todos vosotros, los que estáis leyendo, encontréis vuestra caja.

De 10 a 12 años

La aurora boreal

Un cuento escrito por **TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA**
ilustrado por **SILVIA BAUTISTA**,
al que **CRISTINA VERBENA** ha puesto voz.





La aurora boreal

Gorka se acostumbró desde muy pequeño a que su madre lo acompañara a todas partes. Va con él a los cumpleaños, a las barracas, al parque, a las clases de acordeón y, por supuesto, a los partidos de fútbol del equipo infantil. Él es el portero, y muy bueno a decir del entrenador, quien en más de una ocasión ha insinuado que, de seguir así, en un par de años podría solicitar su entrada en los juveniles, aunque él no tiene intención de ser futbolista cuando sea mayor. Está bien para pasar un buen rato, le divierte tirarse en plancha para coger el balón, pero nada más. Tampoco le va mal en la escuela; saca buenas notas, a pesar de que las mates se le resisten un poco y le cuesta centrarse en problemas y números. Su profesor asegura que es un soñador, y es verdad.

Le encanta imaginar que puede volverse invisible, ver todo lo que ocurre a su alrededor sin que nadie se dé cuenta; que viaja a países lejanos, a la India, a China o a las cataratas de Iguazú, en Argentina, cuyas fotografías ha visto en una revista. O que descubre un tesoro oculto, o vuela en un globo enorme pintado de verde, que es su color favorito. Al principio imaginaba que tenía una capa de invisibilidad como la de Harry Potter, pero luego pensó que lo de la capa era una lata porque había que llevarla en la mochila a todas partes, así que se olvidó de ella y decidió volverse invisible siempre que le apeteciese. Por supuesto, no se lo ha dicho a nadie, ni siquiera a Iker, su mejor amigo, pues está seguro de que pensará que anda mal de la cabeza e irá a contárselo a los otros. Además, es su secreto. De esta forma, se vuelve invisible cada vez que algo le sale mal, o recibe una bronca por no poner más atención, o riñe con sus amigos, o simplemente le apetece escaparse al mundo de sus sueños, donde todo es perfecto, y a su gusto, en especial cuando vuelve a casa después de clase y su madre le abre la puerta con la merienda en una mano y el dedo índice de la otra sobre los labios. En dichas ocasiones sabe que no debe hacer ruido, merienda en silencio y se vuelve invisible.

Contempla a su padre sentado en el sillón con una almohadilla caliente en la espalda, los ojos cerrados, un gesto de dolor en la cara, y se pregunta por qué el suyo no es como los demás padres, que juegan al balón, hacen carreras, se montan en la barraca aquella que da vueltas a toda velocidad, luchan de mentirijillas o se hacen cosquillas. Algunas veces lo intenta, juega con él, pero luego está tan cansado y dolido que su madre se enfada con los dos. Por lo que él ha podido entender escuchando las conversaciones de los mayores, su padre tiene una enfermedad rara;

asegura que le duele el cuerpo, aunque no tiene ninguna herida, ni fiebre, ni esas cosas que tiene la gente cuando se pone enferma. Incluso, en una ocasión, oyó decir al tío Paco que tenía mucho cuento, que era un quejica y qué menuda birria de cuñado le había tocado en suerte. Él sabe que eso no es cierto, que su padre se lo pasa muy mal, aunque cada vez que alguno de sus amigos le pregunta por qué no lo acompaña al campo de fútbol o a las salidas al monte que organizan en el cole, responde que está muy ocupado con un trabajo importante. Han sido tantas las veces que lo ha dicho que está convencido de que sus compañeros ya no le creen.

Y mientras es invisible, allí sentado a su lado, Gorka imagina que es el mejor mago del mundo, capaz de curar a su padre con una pócima maravillosa o con una varita mágica. ¡Zas! Lo toca con la varita, aparece una luz muy brillante y se transforma en un hombre fuerte al que no le duele nada. Le gustaría ayudarle, aunque no sabe muy bien cómo, pero tiene que haber algo que él pueda hacer, además de sentarse a su lado y zamparse la merienda en silencio, o ver la tele juntos. Y decide compartir con él su gran secreto.

–¿Sabes? Tengo un secreto –le dice.

Su padre sonríe.

–Si es un secreto no me lo podrás contar...

–A ti sí, a ti solo.

Y le cuenta que puede hacerse invisible siempre que quiere, que al principio tenía que usar una capa de invisibilidad como la de Harry Potter, aunque hace tiempo que ya no la usa. Después probó cerrando los ojos pero, con la práctica, ahora no le hace falta ni eso. Sólo tiene que imaginar que es invisible, aunque a



veces ha de esforzarse para no desaparecer en plena clase de mates o de lengua, más que nada porque luego no se entera de los deberes y le cae una bronca.

–¿Quieres probar? –le pregunta.

–Creo que no sabré hacerlo –responde su padre y aprieta los labios porque acaba de sentir un dolor agudo en la espalda.

–Prueba, ¡porfa! Es cuestión de práctica. Mira vamos a intentarlo juntos ¿quieres?

–Vale, ¿y qué tengo que hacer?

Gorka se queda callado, ¡a él le resulta tan fácil! Claro, que ya está acostumbrado y no se acuerda muy bien cómo empezó, pero sí sabe que lo que mejor funciona es pensar en algo que le gusta. A su padre le encanta el mar; lo ha visto muchas veces sentado en la playa mientras él hace un castillo en la arena o, mejor, un agujero muy profundo para ver si consigue llegar a la otra punta del mundo. También le ha oído decir alguna vez que le encantaría navegar en un barco de vela. Él se montó una vez en una barca que iba de un lado a otro de la ría, y se mareó, pero está dispuesto a marearse de nuevo si su padre lo acompaña en el viaje, aunque éste tiene que ser uno muy especial. Corre a su cuarto y coge el atlas escolar en el que aparecen todos los países del mundo.

–Nosotros estamos aquí –señala en el mapa–. ¿Adónde te gustaría ir?

–No sé... ¿qué te parece aquí?

–¿Ahí? –pregunta Gorka extrañado mientras acerca la nariz al lugar que su padre marca con el dedo y luego lee–. Laponia... Noruega... ¿Por qué quieres ir a ese sitio?

–Siempre he pensado que me gustaría contemplar la aurora boreal.

–¿Y eso qué es?

–Pues... debe ser algo extraordinario. Ocurre desde el atardecer hasta el amanecer y el cielo se llena de colores, rojo, azul, verde, morado, amarillo..., pero está lejos, y hace mucho, mucho frío.

Y su padre busca en el ordenador imágenes de la aurora boreal, el “fuego del zorro”, como la llaman los lapones, pues dicen que son las chispas producidas por las colas de los zorros al golpear en la nieve. ¡Es increíble! ¡Parece de mentiras!

–¡Decidido! ¡Nos vamos a Laponia!

–Laponia...

–Laponia. Pero, si dices que hace tanto frío, tendremos que ponernos gorros y bufandas.

Gorka sale corriendo una vez más y regresa con dos gorros de lana, dos bufandas y dos pares de guantes, que ambos se ponen para no helarse en las frías tierras del norte de Europa; le dice a su padre que cierre los ojos y también los cierra él porque nunca ha ido en un barco grande y debe concentrarse.

Izan las velas, tiran de los cabos y los dos asidos al timón conducen su nave hacia alta mar y suben por el Golfo de Vizcaya. Las corrientes los arrastran y el viento sopla con tanta fuerza que, en algunos momentos, las velas parecen que van a echar a volar como las gaviotas, pero para entonces ya se han convertido en verdaderos lobos de mar. ¡Ni las corrientes ni el viento pueden con ellos! Pasan por delante de Normandía, se adentran en el Canal de la Mancha y casi se pierden en el Mar del Norte. Por fin divisan tierra y saben que es Noruega porque toda la costa



está bordeada de fiordos, allí donde el mar se adentra por entre numerosos acantilados, pero continúan hacia arriba. Cuanto más arriba lleguen, más cerca estarán de su meta.

Han dejado el barco y caminan por la nieve. Todo allí es nieve. Menos mal que han sido previsores y han llevado unos esquíes con ellos. No tienen esquíes en su casa, ni tampoco saben esquiar, pero no importa. Pueden hacer lo que quieran porque son invisibles. El último tramo del camino lo hacen en un trineo tirado por perros que parecen lobos y que los llevan justo hasta uno de los lugares desde donde mejor se ve la aurora boreal: el Cabo Norte. Les ha costado un gran esfuerzo llegar hasta allí, pero ha merecido la pena. ¡Nunca han visto un cielo tan repleto de estrellas! No hay farolas, ni luz eléctrica y las estrellas se ven con claridad, miles, millones, ¡cientos de millones! Al principio no pasa nada pero, poco a poco, va formándose un arco con los mismos colores que los del arco-iris, aunque muchísimo más brillantes, que se dobla, se alarga, forma ondas, rizos, rayos de luz que tiemblan... La noche se vuelve roja como si un gigante hubiese encendido una hoguera enorme, luego verde como los campos en primavera, amarilla como los trigales, lila y rosa como un jardín lleno de flores, azul como el mar. Parecen los fuegos artificiales que disparan durante las fiestas, pero no, no hay comparación porque los fuegos duran unos instantes y la aurora boreal toda la noche.

–¡Es increíble! –exclama Gorka.

–Cierto que lo es –dice su padre.

–¿Se puede saber qué hacéis con gorros y bufandas dentro de casa y con el calor que hace?



La madre acaba de entrar y los contempla asombrada. Ellos se miran y se echan a reír, y ella también se ríe al verlos tan contentos.

–¿Lo repetiremos? –pregunta Gorka.

–¡Claro! –exclama su padre– ¡Lo he pasado genial!

–¿Estás bien? –le pregunta la madre, algo preocupada.

–Sí, querida, muy bien. ¡Hacía tiempo que no me sentía tan bien!

–¿Qué habéis estado haciendo?

–Es un secreto...

Gorka sonríe, feliz, porque ha conseguido que, durante un rato, su padre se olvide de esos dolores que le hacen sufrir y, sobre todo, porque por fin ha encontrado una actividad para compartir con él, ¡la mejor de todas! Soñar juntos.

De 12 a 16 años

La dama de las grutas

Un cuento escrito por **SILVIA PAZOS**
ilustrado por **CECILIA VARELA**,
al que **ANNE IGARTIBURU** ha puesto voz.





La dama de las grutas

Una leyenda marinera cuenta, que siguiendo a la Estrella Polar en Luna Nueva, a tan sólo unos cientos de millas del continente, es fácil oír el clamor de un misterioso temporal a lo lejos.

Los navegantes lo suficientemente osados para quedarse a escuchar, confiesan que la tormenta no avanza ni retrocede. Se queda rugiendo siempre en el mismo lugar, y los silbidos del viento recuerdan a alaridos de parturienta.

Los cuatro insensatos que se han atrevido a acercarse, acreditan que en medio de la ventisca es posible vislumbrar la silueta de una isla; y que está habitada, pues la luz de un faro los invita a fondear en su costa. Pero los lamentos del vendaval

no son tan atractivos como los cantos de sirena, y probablemente, eso los libra del naufragio.

Ningún navegante se ha arriesgado a entrar en puerto para no exponer el frágil casco de su barco a las afiladas rocas del acantilado; pero muchos te pueden dar datos exactos de sus coordenadas, con grados, pelos y señales.

Personalmente, no creo que esa isla misteriosa se encuentre a tantos grados latitud Norte o cuantos grados longitud Oeste. Más bien debe de estar... al fondo de tu mente a la izquierda.

Y aunque nadie conoce su nombre, lo cierto es que tiene uno, y se llama Procelia.

En Procelia los musgos y líquenes dominan el terreno, invadiendo troncos, rocas y paredes; y los helechos han crecido tanto que parece que quieren regresar a su prehistórica Edad Dorada.

Todo en el pueblo se ve como herrumbroso, gastado, rojizo por el óxido. Pero sobre todo está torcido: cualquier objeto vertical, ya sea torre, edificio, poste o chimenea se encuentra inclinado, en variadas direcciones, según le dé el viento. Porque, efectivamente, es ese fenómeno atmosférico lo que ha generado tal idiosincrasia formal.

El vendaval, los temporales... han azotado a Procelia desde siempre, o al menos no hay nadie que recuerde tiempos –atmosféricos– mejores.

Tal vez por eso los Procelanos estén tan pálidos y despeinados; y, para que nos vamos a engañar, más bien un poco chalados.

Podríamos rozar el ridículo y decir “En Procelia abunda la extravagancia”, pero en realidad lo que abundan son los locos. Y lo más curioso es que a todos ellos

les da por la misma idea fija: insisten en que la ventisca trae consigo un lamento que se les mete en las entrañas y los hace llover por dentro. Muchos de ellos imploran, entre sollozos, que alguien ayude al viento, que lo calme, que lo libre de su dolor.

Y el resto de los Procelanos callan, porque en su interior siempre han sabido que el viento no sopla, sino que llora, pero no dicen nada para no ser tachados de perturbados.

Pues en este ambiente insano creció Hugo. Pero él había conseguido esquivar los efectos nocivos de la borrasca con una receta propia: estar siempre ocupado.

A sus 19 años había rodeado a nado la isla varias veces, escalado todos sus picos, y explorado casi todas sus grutas. Conocía casi todos los recovecos de la isla, y a todos los Procelanos, y nunca lo veías cansado, ni siquiera sentado.

Era puro ritmo, velocidad y fuego, por eso llamaba la atención la preferencia que mostraba por su amiga Elda, una de las chicas más silenciosas de Procelia. Ella había evitado los malos aires de un modo muy diferente: creando su propio refugio interior.

Había alcanzado tal grado de reflexión, profundidad de carácter y al mismo tiempo de imaginación y humor surrealista, que pocas personas comprendían su conversación; así que tampoco hablaba demasiado, total, eso la cansaba. Prefería reírse por dentro.

De este modo, es lógico que la agradara tanto la compañía de Hugo, que siempre tenía algo que contar, con la virtud añadida de que sabía sacarle brillo a todo, a su lado hasta el objeto más insignificante parecía lleno de vida.

Mucha gente se había preguntado cómo dos personas tan distintas podían pasar tanto tiempo juntas, sin reparar en que la energía excesiva y caótica del chico encontraba un sereno cauce en la clara y honda estructura de Elda, y ella absorbía el fuego de Hugo como una savia que la nutría por dentro y transformaba sus palabras en ámbar.

En ocasiones, cuando alguna ventisca les impedía salir de casa, se reunían en la caseta de jardín del chico y fantaseaban sobre lo que harían cuando abandonaran Procelia. Pero en el fondo ninguno de los dos quería realmente dejar la isla, y no porque estuvieran especialmente apegados a ella, sino por algo que todos los Procelanos llevaban enterrado en la carne, aunque sólo lo confesaran los locos, y esto era una voz interior que les suplicaba: “tienes que calmar los sollozos del viento”.

Lo que ellos no sabían es que, por alguna razón, habían sido los elegidos para dar solución a tal súplica, en aquella semana de agosto en que las tormentas dieron una tregua...

Ese año, agosto trajo consigo cinco días claros, así que los dos muchachos decidieron salir a explorar una de las zonas más desconocidas de la isla, ni siquiera Hugo había estado allí.

Se internaron por una oscura vereda de árboles retorcidos que transpiraban una humedad densa de tarde de verano, hasta hacer un emocionante hallazgo: encontraron la entrada a una cueva de apariencia inexplorada.

Con unos troncos secos compusieron un par de antorchas y se introdujeron en el interior de la gruta. En el momento de cruzar, ambos sintieron un escalofrío que no se debía sólo al descenso de la temperatura, pero no dijeron nada.



Un poco más adentro se agacharon a beber agua de un manantial subterráneo, sin embargo Elda advirtió algo que la asustó mucho, al fondo de la cueva podía verse una luz parpadeante... allí había alguien más... y lo que vino después les heló la sangre:

Desde el fondo de la caverna empezó a surgir un lamento, al principio débil y quejumbroso, después fue aumentando gradualmente de volumen, y al mismo tiempo se levantó una brisa que se acabó convirtiendo en ventisca.

Los chicos huyeron de allí, porque ese quejido se les clavaba en los huesos como agujas de pánico. Afuera ya arreciaba la borrasca.

Ante la confusión que reinaba, Hugo no reparó en que Elda, menos experta en la exploración de cuevas, había tropezado en una estalagmita y se había caído. El estruendo de la ventisca ocultó los gritos de ayuda de la chica, que no era capaz de levantarse. Cuando volvió la vista hacia el interior de la cueva comprobó con horror que una figura se le acercaba, y que los alaridos provenían de ella.

Por su parte, cuando Hugo salió de la gruta y se dio cuenta de que Elda no estaba junto a él, no dudó un instante en entrar de nuevo a ciegas para rescatarla, confiando en que lo guiase su instinto.

–¿Te encuentras bien?– le preguntó la extraña figura a Elda. A pesar de la oscuridad no parecía un fantasma, sino una mujer de mediana edad con unos enormes ojos tristes.

–Sí... sí– tartamudeó la chica– me duele un poco la rodilla, pero seguro que pronto viene un amigo y ya me echa una mano...

–Está bien– respondió la mujer– pero es mejor que tu amigo te ayude después de que yo te haya aplicado un remedio.

Elda pensó que lo mejor era seguirle la corriente, y apoyándose en su hombro, se incorporó. Ambas emitieron un quejido.

–¿A usted también le duele algo?– preguntó la chica.

–Me temo que me duele todo.

En ese momento Elda reparó en que el temporal había cesado.

Un poco más adentro estaba el verdadero refugio de la mujer, iluminado por el fuego de una hoguera. Había recubierto la estancia con pieles de animales, y en diferentes huecos podían verse todo tipo de productos: alimentos, hierbas, ungüentos, utensilios...

Además, usando pigmentos naturales y grasa de animales, había pintado las paredes con figuras sencillas y retorcidas que mostraban todo un mundo interior, original y fresco.

–Me llamo Lola– dijo mientras calentaba unto en una olla y le añadía plantas frescas.

Elda pensó que era un nombre muy común para tan extraño personaje. Lo más característico de su rostro eran sus grandes ojos brillantes, siempre al borde del llanto, y una serie de arrugas en las que se podía leer la marca de un sufrimiento habitual. Y a pesar de todo eso, tenía un cabello brillante que le gustaba adornar con peines de nácar y flores secas, y lucía unos collares de piedras de colores que tintineaban a su paso con un alegre rumor. Embadurnó una tela con el ungüento y se acercó a la chica.



–Esto bajará un poco la inflamación.

Justo en ese momento apareció Hugo por detrás de la mujer y la inmovilizó.

Ella comenzó a gritar de dolor, levantando un torbellino de viento y lluvia a su alrededor.

Elda le gritó a Hugo que la soltase, y el chico aflojó un poco, hasta que Lola fue remitiendo algo en sus quejidos, junto con el temporal.

La mujer se dejó caer al suelo, gimoteaba débilmente mientras una ligera brisa movía los objetos de su cuarto.

–Lola, ¿estás bien?– preguntó Elda.

–Bueno, no mucho– respondió mientras se recostaba en unas pieles, y luego añadió– siento haber provocado esta tempestad.

Los chicos se extrañaron por tales palabras ya que aún no habían relacionado ciertos fenómenos. Y le preguntaron cómo era posible que la hubiera provocado ella.

Lola giró la cara e hizo una pausa dubitativa antes de empezar a hablar.

–No sé cómo, pero cuando el dolor de mi cuerpo es tan insoportable que no me lo puedo guardar, tengo que gritar, y mis plañidos causan borrascas que se extienden por toda la isla.

Elda y Hugo se miraron sorprendidos, por fin veían la luz de un misterio que había acompañado a Procelia desde siempre, y sintieron alivio al darse cuenta de que, paradójicamente, en esa isla hasta los locos tenían razón.

Hugo se sentó junto a la mujer, muy intrigado por saberlo todo.

–Entonces, Lola, ¿desde cuándo provocas temporales?

Ella se quedó pensando, ya había perdido la cuenta... Desde que empezaron los dolores, creía.

–La verdad es que apenas recuerdo mi vida sin sufrimiento– empezó a relatar– supongo que de niña me encantaba atravesar corriendo los campos de trigo, y que, ya moza, me pondría zapatos rojos para ir a las fiestas... Pero sí que recuerdo cuando me empezó a doler, un tormento agudo que no venía de ninguna parte, pero que siempre estaba ahí, que me inmovilizaba, no me dejaba dormir y me impedía pensar en otra cosa.

Recurrí a todos los doctores y curanderos de la isla, me dieron todo tipo de pócimas y me hicieron toda clase de conjuros, pero el dolor no remitía.

Mi enfermedad empezó a irritar a los que me rodeaban. Había mucha faena que hacer, y algunos días yo apenas podía levantarme de la cama. Además, a todo esto se unían mis lamentos, porque, a pesar de que trataba de reprimirlos, acababan aflorando: me quejaba en casa, cuando iba a la siega, lavando en el río, el Día del Patrón... Hasta que llegó un punto en que los vecinos no lo soportaron más, ya que, para colmo, no me creían, pensaban que mi mal sólo era una excusa perezosa. Y los más jóvenes se reían de mí, y me insultaban, porque tampoco tenía fuerzas para unirme a sus fiestas.

Así que un día se reunieron para hacerme una última advertencia: o me comportaba como todos y sin gimoteos, o tendría que abandonar el pueblo.

Me sentí completamente incapaz de cumplir esas condiciones, por lo que, presa de una enorme pena, me fui de la aldea que me vio nacer.

Encontré una gruta para cobijarme sin molestar a nadie, pero la tristeza del destierro agudizó mi calvario. Alejada de todo el mundo, empecé a gritar cada vez

que me atacaban los dolores, para espantar al mal de mi cuerpo y conseguir un alivio momentáneo. Al principio no pasaba nada, pero con los años empezó a levantarse el viento, después las tormentas, y finalmente los temporales.

Aún así no puedo evitar seguir gimiendo, es el único modo de aliviar un poco esta tortura, si no me volvería loca... –y añadió en tono suplicante– por favor, no os enfadéis conmigo por eso.

Pero los chicos no estaban enfadados, más bien conmovidos. Hugo se acercó a ella y le agarró una mano diciendo:

–Siento mucho haberte hecho daño.

Ante estas palabras, de los brillantes ojos de la mujer cayeron varios objetos semejantes a perlas. El chico las recogió, sorprendido.

–¿Has llorado tú esto?

–Puede ser– respondió Lola– al agarrarme la mano he sentido como si mi sangre se hubiera transformado en leche tibia, es normal que haya llorado perlas– y tras sonreír por primera vez continuó– puedes quedártelas, gracias a ti me duele un poco menos.

Él las aceptó maravillado y se las guardó en el bolsillo.

Los dos jóvenes le prometieron que hablarían con la gente de Procelia para tratar de buscar un remedio que paliase un poco tanto el tormento de Lola, como las tormentas que asolaban la isla. Y, cuando la rodilla de Elda empezó a mejorar, partieron hacia el pueblo.

Allí intentaron contactar con doctores, autoridades y gente influyente. También fueron a jardines, plazas y mercados; y a todo el mundo le relataban la



historia de la mujer de la gruta. Pero, como era de esperar, nadie los creía, es más, pensaban que finalmente les había dado un mal aire y se habían unido a la nave de los locos.

Finalmente los chicos cayeron en la cuenta de la prueba que demostraría la veracidad de sus palabras: las lágrimas perladas de Lola.

Hugo metió la mano en su bolsillo, comprobando, con disgusto, que tenía un agujero. Las había perdido todas por el camino, y ya era muy tarde para regresar a la cueva.

–Mañana, mañana volvemos a la cueva, mañana– decía el chico con su vehemencia habitual– traeremos más perlas y tendrán que creer que Lola existe.

Así que se fueron a acostar.

Pero lo que los chicos no sabían, es que esas perlas en realidad eran pálidas semillas que se habían desperdigado por la isla. Esa noche las simientes germinaron y de ellas nacieron juncos, acacias, rosales y zarzas.

A la mañana siguiente Elda se despertó con el clamor de un nuevo temporal; sin embargo, por entre los habituales sollozos le pareció sentir otros sonidos menos comunes. El corazón le dio un vuelco cuando Hugo se presentó de golpe en su habitación gritando.

–¡Despierta, vístete y acompáñame! ¡Creo que está pasando algo!

Sin importarles la tronada, los chicos se apresuraron en volver sobre sus pasos del día anterior, descubriendo nuevos prodigios.

Lo primero que les llamó la atención fue una acacia que no habían visto antes, pero la verdadera maravilla ocurría cuando los lamentos del viento pasaban

por entre las ramas, transformándose en nanas tan suaves como sus flores. Y en otros lugares, una mata de juncos ululaba como una flauta, los rosales encarnados danzaban a ritmo de tango, y las zarzas hacían sonar un rock.

Y lo mejor de todo era que, a su paso, el temporal se transformaba en una brisa tibia que acariciaba la piel y calmaba los sentidos.

Hugo y Elda corrieron junto a Lola para informarla del milagro, explicándole que en ella misma estaba la cura a los males que involuntariamente causaba.

–Ahora todo el mundo sabrá de ti, y se alegrarán mucho de que existas. No te preocupes, ya nadie te va a hacer daño.– Le dijeron.

Estas palabras provocaron en la mujer numerosas lágrimas blancas, que los chicos recogieron con mucho cuidado.

Así que, los muchachos regresaron al pueblo para mostrarle a sus habitantes esas preciosas simientes. Los vecinos sintieron al menos curiosidad por saber de dónde las habían sacado, y escucharon de nuevo la historia con escepticismo. Algunos decidieron ir un poco más allá y los acompañaron hasta los lugares donde las plantas cantaban, comprobando la sinceridad de su relato; y, fascinados, les pidieron algunas de esas semillas perladas para su jardín.

–No puede ser– respondió Elda– Lola sólo entrega estas perlas a la persona que es amable con ella. Si queréis alguna semilla debéis ir a verla y ser afectuosos, de este modo ella llorará así su gratitud.

En consecuencia, todos los Procelanos fueron poco a poco sabiendo de Lola, que siempre respondía a cualquier muestra de aprecio con blancas lágrimas



agradecidas; y el pueblo se vio desbordado por una vegetación que los calmaba y los alegraba a partes iguales con sus melodías.

Pasando el tiempo, los mismos vecinos le pidieron a Lola que se trasladara a vivir de nuevo a la aldea, y las simientes de ese día hicieron crecer naranjos que perfumaron toda Procelia con canciones dulces y tibias como el azahar.

De este modo, el tormento de la Dama de la Gruta se hizo más llevadero, y sus dolores más leves; ya que la amabilidad de la gente le impregnaba la piel y le templaba el cuerpo, como un magnífico analgésico. Y una mañana se despertó con una nueva certeza: su nombre había cambiado, ya no se llamaba Dolores, sino Esperanza.

Así que a Procelia ya no le molestan las tempestades, incluso las desea en secreto, porque en los jardines serán transformadas en rumbas, valsos, baladas o sonatas. Y en el Continente todos conocen esta leyenda; una chica misteriosa y su impetuoso compañero se la cuentan a cualquiera que desee escucharla. Y cuando les preguntan a qué altura se encuentra esa isla maravillosa, siempre contestan:

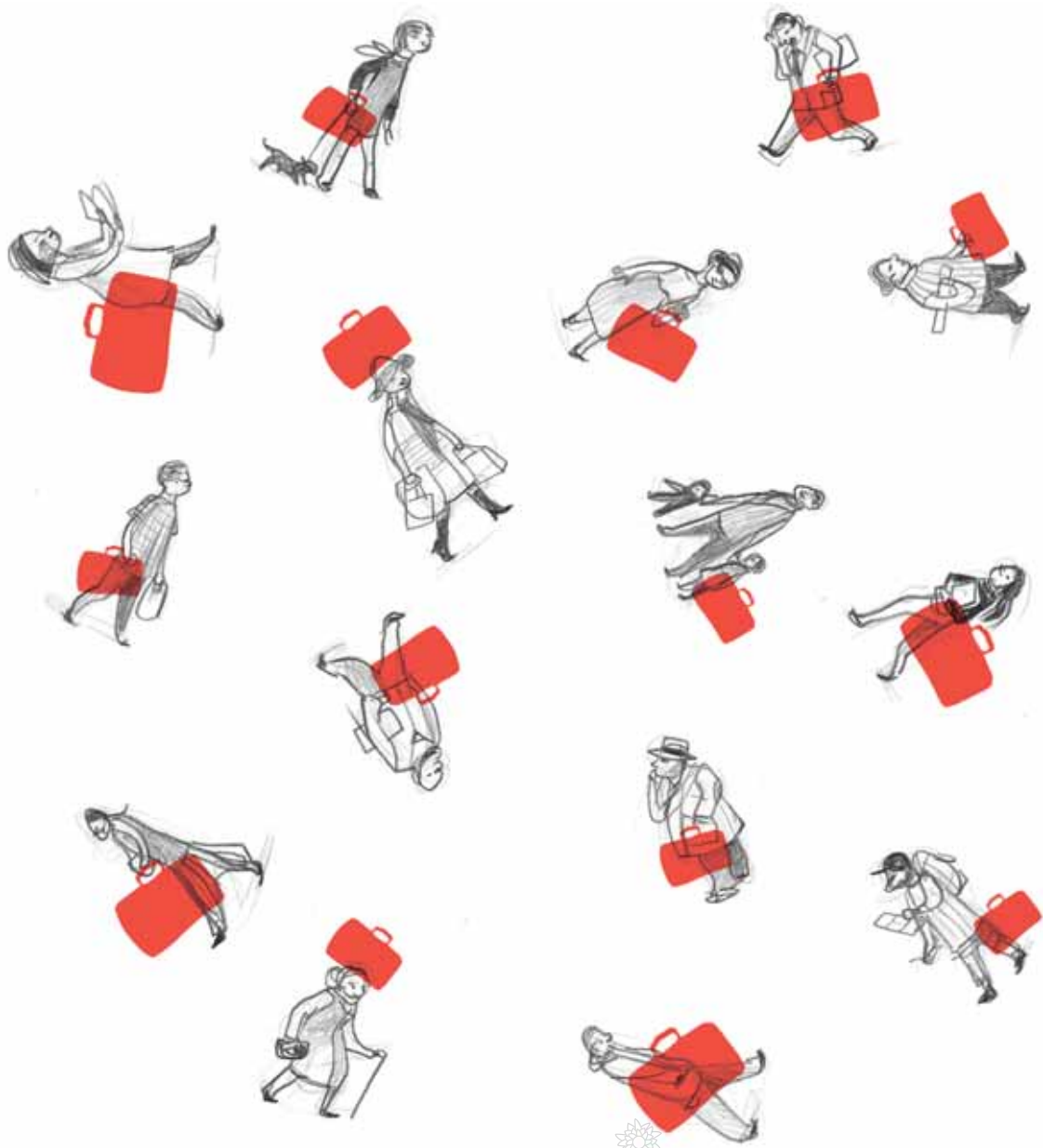
–Tienes que navegar muy al fondo de tu mente, y luego virar a la izquierda.

De 16 a 101 años

Aquella casa blanca nº 42

Un cuento escrito por CECILIA PEÑACOBÁ
ilustrado por NOEMÍ VILLAMUZA,
al que PATRICIA URRUTIA ha puesto voz.





Aquella casa blanca nº 42

No podría precisar el tiempo que pasé apoyada en la repisa de la ventana. Miraba, en el bullicio de mi calle, a la gente pasar de un lado a otro. Pensaba que algunas de esas personas incluso se conocerían o podrían haberse conocido, pues repetían esa misma rutina prácticamente todos los días de su vida. Pero desde mi ventana, parecían todas aisladas y sin ningún nexo de conexión. Vistas desde arriba, eran simplemente seres andantes con un patrón fijo de movimiento que apenas cambiaba cuando una ráfaga de viento se acercaba a sus cuerpos. Reflexionaba sobre cuántas veces yo habría sido una de ellas, y ahora no sabía muy bien por qué, me inundaba un sentimiento diferente, era como si de repente no me sintiera una más,

de repente tenía plena conciencia de que era diferente al resto. Ahora, que miraba desde la misma ventana de siempre, veía cosas que no había visto nunca.

Cerré mi ventana, y me senté en el sofá. Cogí mi cuaderno de cosas importantes y sonreí viendo las hojas que había rellenado en apenas unos meses. Mi casa parecía distinta y mi vida también. Hoy había sido uno de esos días menos buenos, había sentido más dolor de lo habitual, pero había conseguido rellenar un trocito en mi cuaderno. Casi sin darme cuenta, empecé a recordar cómo ocurrió todo.

El encuentro con Mingabe, seis meses atrás, había sido decisivo en mi nuevo estado, aunque todavía me costaba entender cómo, durante todos estos años, no había sido capaz de ver por mi misma lo que ella me enseñó en apenas una tarde.

No sé muy bien por qué decidí visitarla. Una compañera del trabajo, extraña para el resto, me recomendó ir a verla. De esas personas consideradas de otro mundo, poco adaptadas a las exigencias de la sociedad actual, a lo que se espera de nosotros.

De esas personas que piensan más en el bienestar que en lo útil, reflexivas y filosóficas, y que resultan tremendamente irritantes cuando irrumpen en tu despacho y te impiden llevar a cabo el urgente trabajo para mañana. Así era Ainhoa, o así al menos la percibía yo.

Recuerdo que las cosas no me iban demasiado bien. Profesionalmente, tenía una vida plena, pero en el último año mi salud se había resentido. Me costaba conciliar el sueño, me cansaba más de lo habitual y últimamente ese dolor difuso, cambiante, sin causa aparente ni patrón constante, que irrumpía en mi vida no con demasiada frecuencia pero sí con cierta intensidad. Sin embargo, no me había

ocurrido nada especial a que atribuir mi estado. Mi vida transcurría más o menos por los mismos derroteros. Mucha sobrecarga, expectativas no cumplidas, desengaños con algunas personas pero ¿quién no tiene eso alguna vez en su existencia?

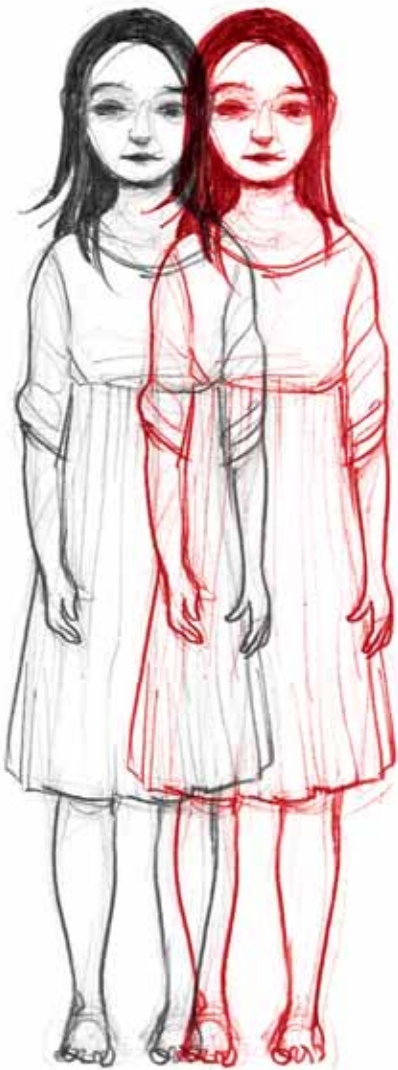
Había asistido a diferentes especialistas relatando mis males, pero nada de nada. Todo estaba bien. Tenía que tomarme la vida con más calma, eso era todo. Ainhoa me habló de Mingabe. Era una amiga suya de la infancia. Según me contó, no lo había tenido fácil. Había vivido algunas situaciones a lo largo de su vida, a las que otros probablemente no habrían sobrevivido. Hace diez años comenzó a sentir dolor en numerosas partes de su cuerpo y problemas de insomnio sin una causa aparente, hasta que, después de deambular varios años por especialistas de todo tipo y condición dieron con su problema: tenía fibromialgia. Eso sí, no parecía existir la solución perfecta. Ainhoa creía que hablar con ella me podría ayudar mucho.

Me anotó su nombre, apellidos y dirección en un papel, de esos de colores que Ainhoa siempre tenía en su mesa de trabajo. Esa mesa siempre ordenada, que irradiaba serenidad, planificación y un olor a bienestar. Esa mesa dónde aquella planta repleta de hojas de un verde intenso salpicadas de flores rojas y anaranjadas coexistía en perfecta armonía con el trabajo organizado. Esa planta, probablemente hermana de aquella otra que me regaló el mismo día que compró la suya y que yacía desesperada sobre mi mesa de trabajo en un intento de agarrarse al último hilo de vida, entre los cientos de papeles que deambulaban en marañas de confusión sin ningún orden aparente. Me había propuesto en numerosas ocasiones ordenar mi mesa, pero nunca encontraba tiempo. Siempre tenía mil cosas importantes que

resolver. Mingabe me enseñó que las mesas de trabajo reflejan algo de aquellos que las habitan, pero por aquel entonces yo no era consciente de ello. Cogí aquel papel con aquella dirección, no muy convencida de su utilidad y tal vez por cortesía, y lo introduje en mi bolso entre tickets de compra, listas de tareas, y tabletas de ibuprofeno.

Aquella noche no pude conciliar el sueño. Me levanté varias veces y aproveché los ratos de desvelo para terminar un proyecto que tenía que presentar a un cliente a finales de semana. Pude trabajar un par de horas hasta que el dolor irrumpió. Llevaba varios días en los que había podido llevar una vida más o menos normal, sin excesivas molestias. Pero de nuevo irrumpía ese dolor, irritante, con esa sensación de quemazón que invadía todo mi cuerpo. El dolor, cada vez más intenso, tornó mi atención hacia la conversación de aquella mañana con Ainhoa. Busqué la dirección apuntada en aquel papel. Mingabe vivía en una localidad cercana a la ciudad a la que debía desplazarme a la reunión de trabajo. Decidí ir a verla. Así, quedaría bien con Ainhoa, y al fin y al cabo no me suponía ningún esfuerzo adicional, me pillaba de paso. Además, aprovecharía el viaje para, antes de volver a casa, probar suerte con otra nueva empresa, también cercana.

El viaje duró unas tres horas como estaba previsto. Sonaba un CD de un cantautor poco conocido de origen mexicano que Ainhoa me había regalado de manera especial para ese viaje y viajaba en compañía de las instrucciones de esa máquina sabia, que nos lleva, de manera precisa y rápida, sin tomar decisiones, a ese lugar a dónde queremos ir, o al menos al que le hemos solicitado que nos lleve.



Siempre había valorado mi tiempo por encima de todo, y evitaba todas aquellas cosas que me hacían perderlo, que no eran funcionales. Reservé un hotel en el centro de la ciudad a una distancia prudencial del objetivo de mi trabajo y a poco más de una treintena de kilómetros de la casa de Mingabe.

Después de la reunión y de la comida de trabajo, sobre las seis de la tarde, me dirigí a su casa. Estaba contenta. Había conseguido renovar la colaboración con aquel cliente por un año más, y con condiciones incluso más ventajosas para nosotros, y en los tiempos que corrían, eso era todo un logro.

Mingabe vivía en una casa independiente, en una localidad al noroeste de la ciudad. Recuerdo que al apretar al timbre me inundó esa sensación extraña de no saber muy bien qué estaba haciendo yo allí.

A los pocos minutos apareció una mujer de unos cincuenta años. Tenía el pelo negro y los ojos grandes, de un verde intenso. El rostro era afable y sosegado e irradiaba una serenidad difícil de describir.

–Hola –balbuceé un poco nerviosa–. ¿Eres Mingabe?, –pregunté.

Ella asintió con la cabeza.

–Yo soy Teresa, la amiga de Ainhoa. ¿recuerdas? Ainhoa me dijo que te llamaría diciéndote que me iba a acercar, pero no sé muy bien...si...bueno, supongo que tendrás muchas cosas que hacer y yo tampoco...–traté de justificar, más bien ante mí misma que ante ella, de manera nerviosa e incoherente.

Mingabe me miró con una calidez inmensa y extraña, que no me resultaba habitual en mis relaciones del día a día.

–No te preocupes –me dijo–, Ainhoa me avisó de que vendrías. Te estaba esperando.

Pasa –añadió–, mientras señalaba la puerta entornada de acceso a la vivienda, separada de la puerta de acceso desde la calle por unos pequeños metros de jardín.

Poco podía imaginarme yo que aquel momento marcaría un punto de inflexión en mi vida. Un antes y un después. Siempre había creído que para que eso ocurra tiene que pasarte algo extraordinario, como una enfermedad muy grave, una desgracia familiar o la muerte de alguien muy importante en tu vida. Tal vez por ello, siempre me planteaba que prefería seguir con mi vida, con mis más y mis menos, con mis defectos y mis virtudes, renunciando a una felicidad que hasta ese momento sin saberlo, probablemente habría pasado a mi lado al menos una vez cada día. El encuentro con Mingabe me ayudó a entender que, afortunadamente para nosotros, no es necesario que nos ocurra algo catastrófico en nuestras vidas para replantearnos qué queremos hacer realmente con ella, y que incluso en el caso de que nos ocurra, tenemos al menos una opción más que la irremediamente derrotista que creemos que nos marca el destino.

Sí, sin duda ahora, seis meses después de aquel encuentro, sé que algo cambió cuando llamé a ese timbre situado debajo de ese número 42, en tinta azul sobre azulejo blanco. He leído en algunos libros que asociamos determinadas imágenes a experiencias de nuestra vida, y que esa imagen resume todas las emociones, pensamientos y vivencias de aquel instante, aquellas que en su día supimos ponerles nombre y aquellas otras que nunca lo tendrán. Son imágenes reconocibles para el resto de las personas, pero con un significado único e inmenso para nosotros. Esa fachada de aquella casa blanca número 42, con esa puerta metalizada color verde, con el tercio superior abierto confinado por barrotes apenas separados diez centímetros entre sí, ha quedado grabada en mi memoria.

–No sé muy bien qué decir, ni por dónde empezar– recuerdo que le dije al inicio de aquella conversación–. Además, estoy un poco nerviosa, la verdad. Ya sabes. Esta vida que llevamos, con tanta prisa y ajetreo. Esta noche tengo que preparar un proyecto para presentarlo mañana, antes de regresar a casa, en una nueva empresa a la que queremos fichar buscando nuevos clientes– sonreí, buscando cierta complicidad–. La verdad es que no quiero llegar muy tarde al hotel – expliqué mucho más cómoda, con el fin de hacer saber que tenía un tiempo preciso y así jugar las dos con las mismas reglas.

–Ya –asintió Mingabe–, mientras miraba la espuma del café en las tacitas marrones que había colocado en aquella mesita baja, junto a un plato del mismo color con pastas de té–. Pero...algo te habrá traído hasta aquí ¿Qué esperas encontrar?

–Bueno, supongo que todo tiene que ver con el último año. No me encuentro bien, siento dolor, me canso con facilidad...pero no sabría definirte... es algo como ajeno a mí, que no puedo controlar, que no sé por qué se produce. No todos los días son iguales, hay bastantes días buenos...pero no estoy bien. Y la verdad es que no entiendo porqué me pasa porque los médicos me dicen que no tengo nada –añadí.

–El hecho de que no tengas nada no quiere decir que estés bien. Lo realmente importante es lo que tú sientes. Tu dolor es algo incuestionable, aunque aparentemente o médicamente tu cuerpo esté bien. Son los médicos los que tienen que seguir investigando el por qué tenemos esos síntomas que no responden a las formas más habituales y conocidas de enfermar. Pero, no por ello debemos cuestionar nuestra enfermedad.

–Me dijo Ainhoa que te han diagnosticado fibromialgia. He leído algo sobre ello ¿crees que yo podría tener fibromialgia?–pregunté con interés.

–No lo sé –dijo Mingabe–. Pero esa no es la única respuesta que necesitas. Aunque uno se da cuenta de ello mucho después.

–¿Qué quieres decir? –pregunté extrañada.

–Verás...He pasado muchos años buscando una respuesta a mis síntomas, a mi dolor, buscando una etiqueta que justificara lo que siento, mis días malos y mis días aún peores. Seis años exactamente, con sus noches y sus días, de esos que uno va tachando en el calendario tal vez para tener mayor conciencia del paso del tiempo o para pensar que le queda un “día malo” menos por vivir. Por fin, un buen día, en un hospital de los muchos que he recorrido, alguien me escuchó, creyó en mí y me regaló una palabra: fibromialgia. Sus acertadas recomendaciones y su consejo médico fueron decisivos. Yo creía que ahí acabarían todos mis males, pero resultó ser un nuevo punto de partida. Sigo sin saber el por qué...a partir de ahí tuve que iniciar otro camino, tratando de buscar algunas de esas respuestas en mi interior.

–Ya, pero no es nada fácil vivir con algo a cuestas que no puede ser probado, y de lo que muchos dudan incluso...y a veces esa misma duda se apodera de ti...y...–suspiré abatida.

–Lo sé. Pero ése es el error, Teresa. Pasamos tanto tiempo tratando de justificar aquello que experimentamos frente a los demás o incluso ante nosotros mismos que nos olvidamos de lo realmente importante: aprender a vivir mejor con nuestro nuevo compañero de viaje.

–¿Y cómo se puede vivir mejor con el dolor? –pregunté extrañada.

–Bueno –respondió Mingabe–. Eso se aprende con el tiempo, y ese aprendizaje no es una receta universal, cada uno tiene que encontrar su propia fórmula. Al principio yo había asumido que era inevitable vivir con dolor y decidí meterlo en una maleta, cargando con él allá dónde iba. Cuando la carga se hacía demasiado pesada, tenía que dejar la maleta en casa, pero yo también me quedaba porque ya era incapaz de viajar sin ella. Es más, había días en que estaba mejor, esos días en que el sol brilla, y hubiera podido salir a la calle sin mi maleta, pero ya no podía hacerlo, se había vuelto una parte inseparable de mí, y me atemorizaba el hecho de pensar que los demás dudarían de lo que me ocurría y de lo que era yo si me veían por la calle, seguramente más feliz, sin mi pesada maleta. Todos llevamos a cuestas una maleta, Teresa, tengamos fibromialgia o no.

–¿Y cómo se consigue aliviar esa carga? –pregunté, convencida de que estaba ante una de las lecciones más importantes de mi vida.

–Un día decidí pararme un instante. Dejé al margen mis prisas y mis objetivos profesionales, lo urgente y lo deseable socialmente y me fijé en mi maleta. Por primera vez abrí esa maleta que siempre me acompañaba y me sorprendí al ver por qué pesaba tanto. Junto al dolor, ansiedad, tedio, emociones reprimidas, expectativas no realistas, inseguridad personal y autoexigencias sin respiro vagaban a sus anchas. Esa maleta que yo llevaba arrastrando durante tanto tiempo, asumiendo su carga de manera irremediable, no pesaba tanto sólo por el dolor sino por multitud de cosas que había metido ¡yo misma! Ahora ya no llevo esa maleta, no trato de ocultar mi dolor, ni de disimularlo, ni de engrandecerlo ante los demás para ser creída. Camino de la mano con el dolor, sabiendo que será mi compañero de viaje.



Hemos aprendido a conocernos mutuamente, y salimos a pasear juntos en días de sol aunque a lo lejos se vislumbre alguna nube, sólo entonces será necesario abrir el paraguas.

Mingabe me miró. Resultaba sorprendente lo cómoda que me sentía con ella. Era, sin duda, una mujer muy especial, de esas que tienes la enorme suerte de encontrarte en tu camino. Me consideré tremendamente afortunada de haber llamado a su puerta. Transmitía confianza y no juzgaba nada de lo que yo decía, simplemente se limitaba a mirarme y escucharme como si lo que yo tuviera que decir fuera lo más importante en ese momento. Me hizo sentir diferente, única, me hizo sentirme bien.

Creo que por primera vez descubrí la riqueza de las palabras. No sentí la necesidad de establecer argumentaciones lógicas ni de intentar a toda costa retenerlas entre los barrotes flaueados de mi cerebro. Era diferente. Disfrutaba de aquella conversación sin un esfuerzo adicional. Era como si aquellas palabras se tornaran en melodías, formas y colores especiales y produjeran sensaciones indescriptibles en el roce con mi piel.

Durante aquella maravillosa y apacible tarde hablamos de muchas otras cosas. Revisé, uno a uno, los lastres de mi maleta, y le dí forma y nombre a cada una de esas cosas inservibles que tanto me pesaban. Me pregunté cómo habían ido a parar allí, aunque no obtuve todas las respuestas aquella tarde. Identifiqué los retazos de “por si acaso” que no dejaban espacio a lo verdaderamente importante. Recordé mi mesa de trabajo y pensé en todos los “por si acaso” que había sobre ella, en los “por si acaso” de mi casa, en los “por si acaso” de mi vida, y en los “por

si acaso” de las vidas de otros que había asumido sobre mis hombros. Me sorprendí de cuántas veces esos “por si acaso” se habían convertido en una obligación asumida. Me había preocupado tanto de prepararme para lo que podía venir que había dejado escapar la propia vida.

–A veces nos frustramos porque no encontramos lo que deseamos y no nos damos cuenta de que nunca podremos encontrarlo si no vamos preparados para ello– me dijo a lo largo de la conversación–. No se pueden coger cangrejos con cañas de pescar. Te frustrarás por no coger ni un solo cangrejo y dejarás pasar miles de peces de colores. Vivimos tan ocupados realizando las tareas básicas, rutinarias, las que consideramos imprescindibles, que nunca nos planteamos que ocurriría realmente si dejáramos de hacerlas, ni pensamos en lo que perdemos por hacer esas cosas. Las tareas realmente importantes precisan tiempo, ese tiempo que rara vez las concedemos. La verdadera existencia se ahoga con la propia rutina de la vida. Todo eso nos hace enfermar. Las cosas no siempre son lo que parecen. Hay muchos que deambulan por el mundo bajo una etiqueta de sano cuando en realidad están más enfermos que otros que engrosan las listas del sistema sanitario.

Me quedé pensativa. Hice un recorrido rápido por mi día a día y me resultaba difícil encontrar un solo momento, salvo el del sueño, y con muchas excepciones, dónde mi vida no estuviera marcada por la utilidad y la productividad. Recordé mi agenda granate. Esa agenda que llevaba a todas partes, dónde todo estaba planificado y estructurado, hasta el último instante. Recordé esa franja horaria de cada día, ocupada desde las 8:00am hasta bien entrada la noche, sin un minuto de respiro, ahogada por su propio tiempo, sin un minuto para mí. Pensé también en las cosas



que me había perdido por ello, y si lo que realmente había ganado era tan importante o simplemente lo había convertido en urgente. A mi cabeza vino Ainhoa y me pregunté si realmente la equivocada no era yo. Me sonreí recordando mi postura irónica y cabal ante todo lo que ella hacía o decía, sólo porque su forma de entender la vida era diferente. Me había preocupado tanto de probar que mi postura era la correcta que no había sido capaz de ver todo lo que podía aprender de ella.

Una voz de una madre llamando a su hijo para cenar desvió mi atención de aquella conversación. No tenía conciencia del tiempo que había pasado. Miré el reloj, ese reloj que no había mirado en toda la tarde. Eran casi las diez de la noche. Me despedí de Mingabe, y le dí las gracias. No necesité decir nada más.

Regresé en dirección al hotel. Pensé en mis planes para el viernes y decidí cambiar mis prioridades. No iría a visitar la nueva empresa. Había logrado el objetivo que me había marcado para el viaje, no tenía por qué justificarme añadiendo más obligaciones a mi lista ya de por sí excesivamente exigente. No volví al hotel a preparar el proyecto, ya no era necesario en ese momento. Miré al cielo y me reencontré con la luna. Con mi mirada fija en ella, formé con los dedos pulgar e índice de mi mano izquierda una “C” que se acoplaba con total perfección a su forma de aquella noche. “Cuarto decreciente”, me dije a mi misma, esbozando una sonrisa teñida de nostalgia. Recordé las veces que, cuando era pequeña, miraba esa misma luna con mi padre y poníamos nombre a su forma. Recordé cómo disfrutaba cuando la veía llena, como un gran queso de bola iluminado, tan pequeña y accesible. Pensaba que podría llegar a ella fácilmente y me preguntaba si habría algún avión que me pudiera llevar hasta allí. Luego, ya de mayor, me avergonzaba

el haber creído esas tonterías, y ya no volví a pensar en ello. Esa noche, me volví a sentir más niña que entonces, y más sabia de lo que había sido en toda mi adultez.

La mañana siguiente la dedique a explorar la ciudad. Descubrí gentes, calles, costumbres, aromas y paisajes urbanos. Aprendí a valorar los detalles, me impregné de lo realmente importante, del sentimiento de estar viva. Caminé más libre que nunca. En una pequeña tienda compré un cuaderno cubierto con una tapa dura de flores para anotar las cosas verdaderamente importantes. En el margen derecho, casi instintivamente, dibujé el número 42.

Volví a casa escuchando el CD que me regaló Ainhoa. Me di cuenta de que a pesar de que en el camino de ida había sonado esa música, en ese momento me resultaba totalmente desconocida. Pensé en todas las veces de mi vida que miraba pero no veía, que oía pero no escuchaba, que tocaba pero no sentía. Disfruté de cada letra de aquellas canciones como de un gran regalo. Hice paradas imprevistas, no planificadas, en las carreteras secundarias del camino, dónde encontraba esos carteles que señalaban la palabra “Mirador”. Allá dónde sólo unos pocos coches paran, de los miles que pasan, un día de diario. Miraba aquellos paisajes acercándome a ellos por primera vez, disfrutando de la maravillosa experiencia del descubrimiento.

Desde aquella altura, miraba hacia abajo, perpleja ante la inmensidad de aquellos valles y la belleza de la profundidad, cercana a tocar las nubes con mis manos. Me preguntaba cómo podía haber sido ajena a todo aquello en mi viaje de ida.

Han pasado ya seis meses desde aquel encuentro. Sé que me queda mucho aún por aprender y mucho por vivir. Los médicos siguen sin encontrar todavía una



respuesta clara a mis síntomas pero no condiciono mi vida a esa respuesta. Cuando la encuentren seguiré sus consejos, pero también soy consciente de todo lo que puedo hacer yo. Ahora tengo días buenos y menos buenos. Cada vez me pregunto menos “¿por qué a mi?” y respondo más a “¿qué puedo hacer yo para?”.

Muchas cosas han cambiado desde entonces, pequeñas grandes cosas. Trato de reflejarlas todas en mi cuaderno de cosas importantes. Me he dado cuenta de que lo verdaderamente importante requiere esfuerzo, y que muchas otras cosas saldrían igualmente con la mitad del que le dedicamos. He aprendido que el trabajo y el disfrute personal pueden convivir en armonía, e intercalo flores de colores entre mis proyectos laborales. Saboreo las cosas más sencillas porque son las que me proporcionan las emociones más dulces. He aprendido a vivir un poco más y a usar mi tiempo un poco menos. Trato de disfrutar de cada instante pensando en lo que me aporta en ese fugaz momento y no presuponiendo lo que me aportará mañana.

He aprendido a correr riesgos sin miedo a equivocarme para poder crecer. Ya no busco el éxito como resultado como hacía antes. Me he dado cuenta de que ese éxito no me asegura el crecimiento, pero lo aprendido sí. He aprendido a no juzgar por las apariencias, a no creer verdades absolutas, a manejarme serena en la probabilidad. Ahora, pienso menos y siento más.

Desde ese día, y casi por costumbre, me asomo un rato a mi ventana y observo a esas gentes de un lado a otro, con sus movimientos automáticos, arrastrando sus pequeñas y sus grandes maletas. Entre esa multitud, uniforme y monocromática, una mujer de pelo negro y ojos de un verde intenso me sonrío. Esa mujer, soy yo.

El cómic de Mingabe

Síndrome de Fatiga Crónica



De 0 a 101 años

La verdadera y asombrosa historia de la Bella Durmiente

Un comic ilustrado por **PATRICIA CASTELAO**
a partir de un guión escrito por **SILVIA PAZOS**,
al que **MARTHA ESCUDERO** ha puesto voz.





Hay rumores sobre la existencia de unas extrañas ruinas que descansan ocultas entre los hayedos del Valle Dormido.



Y de todas ellas, dicen que destaca un texto anterior a la misma escritura, que por lo visto relata la verdadera historia de la Bella Durmiente.

El cuento que todos conocemos miente:

La Princesa no se despertó del todo de su sueño de cien años, porque el Príncipe la besó sin amor.



Desde el banquete de bodas Neke se dio cuenta de que su cansancio nunca se iría. Mientras, su marido y los cortesanos sólo pensaban en divertirse.

Ahi la tenéis, “La Princesa de Los Pies Pesados”
Ja,Ja!





Pero una noche, una polilla
Amaizun voló sobre Neke,
polinizando su mente y
haciéndola germinar.



¿No la conoces?
sus inventos han traído la
prosperidad a nuestro pueblo;
es "La Princesa del Ágil sentido"

Acabó creando un grupo de amigos sabios, con los que logró grandes avances.



Finalmente, la Princesa decidió ayudarse también a si misma con uno de sus artilugios.



Encargó su artefacto a Ernai, un hábil herrero, que resultó ser lúcido como el agua, sincero como los animales, y tan esencial como la sal o la tierra, y que cada día le decía... "venid mañana".

Y llegando la época de la siega



Y la Princesa supo que ya podria desplazarse sin fatiga, gracias a la agilidad de su mente que le había dado alas.





Así pues, Neke se fue a vivir al pueblo donde nunca dejó de investigar, y de diseñar maquinarias que Ernai construía
Y se dice que bajo un bello grabado aún hoy puede leerse la inscripción:

“Fueron felices ... a pesar de sus cicatrices”.

Fin





LOS CUENTOS DE MINGABE

25 mujeres unidas
para aliviar el dolor

Incluye CD
de regalo con el
audio de los
cuentos narrados

Durante 2010,
este libro y su audio
podrán ser
descargados
-gratuitamente-,
en la web:
www.fibro.es



www.fibro.es



adfm
asociación
divulgación
fibromialgia

Prólogo de:
ÁNGELES CASO,

Cuentos escritos por:
BEATRIZ BERROCAL
CECILIA PEÑACOBA
MAR SANTOS
MARTA RIVERA DE LA CRUZ
SILVIA PAZOS
TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA

con las ilustraciones de:
ALICIA C. CORTÁZAR
CECILIA VARELA
ELENA ODRIÓZOLA
LUCÍA SERRANO
NOEMÍ VILLAMUZA
PATRICIA CASTELAO
SILVIA BAUTISTA
VIOLETA LÓPIZ

la voz de:
ALMUDENA CID
ANNE IGARTIBURU
CONCHITA
CRISTINA VERBENA
MAGDA LABARGA
MANUELA VELLÉS
MARTHA ESCUDERO
PATRICIA URRUTIA

y el apoyo imprescindible de:
CELESTE SARATXO
MARTA MARTINEZ